
ESPACIO
EL ELEMENTO PERTURBADOR
Clark Carrados

CLARK CARRADOS

El elemento perturbador

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: JAIME

Primera edición: septiembre 1972

Depósito Legal B. 34278 -1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Cualquiera que hubiera visto en aquellos momentos a Edwin (Ed) Ross, y no le conociera, por supuesto, habría pensado que estaba loco. La conversación con su interlocutor se desarrollaba a base de una serie de sonidos estremecedores, que nadie hubiese creído se trataba de palabras y frases que componían una conversación perfectamente inteligible para ambos.

El hipotético testigo del diálogo habría oído una enloquecedora serie de silbidos, chasquidos, gruñidos y hasta mugidos, claro que todo ello sin elevar apenas el volumen normal de la voz, alternado de cuando en cuando los sonidos con algún que otro castañeteo de dedos. Hubiese mirado a Ross y habría visto a un hombre apuesto, de unos treinta y seis años terrestres, ojos oscuros, pelo negro y ya alguna hebra de plata en las sienes.

La indumentaria de Ross era la corriente en aquellas regiones cálidas: sombrero de anchas alas, camisa de manga corta y «shorts». Pendiente del cuello, llevaba un grueso medallón de oro, rodeado de diamantes de gran valor.

El interlocutor de Ross, para el supuesto espectador, hubiera constituido una visión de pesadilla; cuerpo casi cónico, aunque algo alargado, de dos metros de longitud total, sin contar la gruesa cola, rematada en una especie de púa o arpón capaz de inferir heridas mortales; cabeza también cónica, con dos picos horizontales nada agradables de contemplar, ojos triangulares, de pupilas rojizas, piel verdegris y una especie de cresta dorsal, que iba desde el centro de los ojos hasta el remate de la cola. Pero Ross no sentía el menor temor por la presencia del monstruo.

Los interlocutores charlaban bajo la fresca sombra de un árbol, junto a un ancho arroyo de murmurantes aguas. Los dos picos del monstruo se movían alternativa o simultáneamente, según los incidentes del diálogo y, aunque para el mencionado hipotético observador, la cara del extraño ser no presentaba ninguna alteración visible, Ross, que conocía muy bien a los Hokos, sabía que Dun'l, jefe del pueblo Hoko, estaba muy irritado.

—A ti te respetamos y te queremos, Ed —decía Dun'l—, pero

dejaremos de quererte y de respetarte, si no haces justicia en este caso.

— ¿Estás seguro de que Vor't no atacó al terrestre, Dun'l? —preguntó Ross.

—Hubo más de cien testigos de la acción —respondió el Hoko—. Estábamos muy tranquilos, paciendo nuestra comida del mediodía. El terrestre pelirrojo disparó su rifle y mató a Vor't. No puede haber defensa basada en un supuesto ataque, puesto que el proyectil le entró por detrás de la cabeza.

—Vosotros no le hicisteis nada, creo.

—Nos asustamos en un principio, lo confieso. Además, había muchas hembras Hoko con sus crías. Debíamos proteger a los pequeños y, puesto que Vor't había muerto instantáneamente, no tenía sentido perder más vidas de Hokos, a cambio de la de un terrestre. Por eso ha preferido llamarte y pedirte justicia, en tu calidad de Jefe Total de Hamadú.

Ross asintió pensativamente. El incidente podía dar al traste con una política de buena vecindad, que databa ya de doce años, sin el menor fallo hasta el momento.

—Cuando establecimos el tratado de paz, acordó un escrupuloso respeto a las vidas inteligentes —continuó Dun'l—. Nosotros hemos cumplido íntegramente los términos del pacto, y lo mismo han hecho los nativos del planeta. Pero en ese tratado se acordó que tú te encargarías de administrar justicia en la persona de quien violase alguno de sus artículos. El colono pelirrojo cortó una vida Hoko. Debe castigarlo, Ed.

—Haré lo que pueda…

—Nos gusta la paz, se vive bien en paz. Todavía recuerdo con amargura los años en que el pueblo Hoko y los otros nativos guerreábamos continuamente, casi a diario. Viniste tú y conseguiste imponer la paz. Queremos que siga así.

«Somos muchos miles, muchos, Ed —prosiguió Dun'l—. Hay bastantes que querían ir a la ciudad a buscar al agresor y castigarle personalmente. Debo confesar, no sin inmodestia, que sólo gracias a mi ascendiente sobre ellos he conseguido evitar su acción ofensiva. Pero lo logré gracias a la promesa que les hice de que conseguiría justicia de ti.

—La tendrás, Dun'l; tu pueblo tendrá justicia — aseguró Ross —

No conozco al asesino, pero tú lo has visto, creo.

—Es un hombre alto, muy fuerte y de pelo rojo.

Ross pensó inmediatamente en Emil Frodner, un sujeto violento y antipático, con el que ya había tenido más de un encuentro. Además, Frodner, hombre de gran vitalidad, perseguía descaradamente a las hermosas nativas, las de figura humana, por supuesto, sin que consejos y amonestaciones hubieran servido para refrenar sus ímpetus.

—Frodner tenía que acabar así —murmuró, lamentándose en su fuero interno de no haberlo metido en la última astronave de enlace que llegó de la Tierra, expulsándolo así de Hamadú. Si entonces se hubiera mostrado más enérgico…

Pero Frodner le dio palabra de corregirse, cosa que no había cumplido. Y sus desafueros habían culminado con el asesinato de un Hoko.

—Me pregunto por qué mató a Vor'l —dijo en alta voz.

—La respuesta es bien sencilla, Ed —contestó Dun'l.

Ross contempló fijamente a su interlocutor. Dun'l añadió:

—Después de matar a Vor't, le cortó la cola, la asó y se la comió.

* * *

Ross regresó lentamente hacia el lugar donde la alta y robusta nativa le aguardaba junto al «graviscooter». Rona le miró con ansiedad.

—¿Qué ha dicho el jefe Hoko?— preguntó.

La respuesta de Ross se demoró unos instantes. Sus ojos contemplaban fijamente a aquella leal amazona, tan alta como él, de piel atezada, ancha de hombros, pelo negro, muy corto, y ojos casi transparentes, de tan claros que eran las pupilas. Rona vestía muy sucintamente, con un peto de piel y un ceñidor en torno a las caderas, sujeto por un cinturón, del que pendía un estremecedor cuchillo de cuarenta y cinco centímetros de largo, por casi diez de ancho.

Pendiente del hombro izquierdo llevaba un arco relativamente corto, pero de increíble potencia, capaz de lanzar una flecha a casi cuatrocientos metros de distancia. Pero era preciso disponer de la fuerza muscular de Rona para poder curvar siquiera unos

centímetros el arco.

Las flechas, por otra parte, largas de casi un metro, eran metálicas, con ranuras acanaladas en toda su longitud. Ahora bien, las acanaladuras eran en espiral muy larga, lo que les confería un movimiento de giro durante el vuelo, que les proporcionaba una casi absoluta exactitud de puntería.

—Está muy irritado, Rona — contestó él.

La nativa dejó escapar un gemido.

—Esto puede comprometer la paz —apuntó, llena de pesimismo.

—Tal vez, si no actúo como debo hacerlo, Rona.

—Eres el Jefe Total de Hamadú. Los nativos de figura terrestre y los Hokos te hemos reconocido como Jefe Total y todo colono que llega al planeta ha de atenerse a esa circunstancia. Tu jefatura es vitalicia; ningún nativo, cualquiera que sea su figura, lo discute. Por tanto, estás en tu pleno derecho, y es tu obligación, además, castigar al asesino.

Ross se mostraba vacilante. Implacable, Rona añadió:

—Elynia lo habría hecho así, Ed.

El rostro de Ross se oscureció. Su esposa había muerto dos años antes y todavía no había logrado consolarse de la pérdida.

Rona le miró con simpatía.

—Lo siento —dijo—; no debí mencionarte el nombre de la que para mí fue como más que una hermana. Yo también la recuerdo con frecuencia… pero Elynia te traspasó el deber de velar por los nativos de Hamadú.

—Sí, lo sé, Rona.

—Aunque… —ella lanzó un hondo suspiro—, ya me imagino lo que estás pensando. Te va a resultar muy difícil probar la culpabilidad de Frodner. Ya me imagino lo que dirá y muchos colonos lo apoyarán.

—Eso es cierto, Rona, pero, de todas formas, Frodner ha cometido un error, un inmenso error y en esto me apoyaré para castigarle. ¡Vamos!

Rona le siguió hasta el «graviscooter», situado a pocos pasos. La nativa se sentía extrañada por las últimas palabras de Ross, pero le conocía bien y sabía que no solía hablar sin una base en que apoyar sus manifestaciones.

El «graviscooter» era una especie de tubo, con asientos muy

parecidos a los de las antiguas motocicletas y un manillar en el que estaban los mandos. Tenía un pequeño parabrisas para proteger al conductor y estribos para los pies. El aparato se movía por antigravedad, de donde le venía el nombre.

Ross y la nativa montaron a horcajadas en el singular vehículo. El aparato se elevó en el acto a una docena de metros sobre el suelo y, un segundo más tarde, partía a toda velocidad en dirección a la capital de Hamadú, prácticamente la única ciudad del planeta.

* * *

—Estás bebiendo demasiado, Emil —dijo Jess Haray, el dueño de la cantina.

—¿Le importa mucho?— contestó Frodner de mal talante.

Alguien soltó una risita a su lado.

—Emil está nervioso —comentó el individuo—. En cualquier momento, Ed Ross puede aparecer por la puerta para detenerle por la muerte del Hoko.

—¡He matado a un animal, a un monstruo!— chilló Frodner—. Ross no puede acusarme de nada. Además, eran más de ciento y querían atacarme. Simplemente, me defendí.

—Emil, ¿estás seguro de que los Hokos pretendían atacarte? —preguntó el dueño de la cantina.

—¿Va a dudar de mi palabra, Jess? Esos horribles monstruos de dos picos… Pero no quiero seguir hablando más del asunto. Póngame otra copa.

—Lo siento, Emil; ya has bebido demasiado.

—Oiga, usted está aquí para servir a la gente…

—Pero no para ayudar a emborrachar a nadie, Emil —contestó Haray en tono firme.

—Vamos, vamos, Jess —intervino un individuo que había permanecido silencioso hasta entonces—. Póngale otra copa a Frodner; yo la pagaré. E, incluso, me hago responsable de sus actos, si es que se emborracha.

—Gracias, señor Peatts —dijo Frodner.

Haray se encogió de hombros y llenó la copa del pelirrojo.

—¿Se hará también responsable de la muerte del Hoko, señor Peatts?— preguntó.

—Soy abogado — manifestó el interpelado orgullosamente—. Admito que fue un incidente desgraciado, pero estoy seguro de que el terror físico de Emil, al verse rodeado de Hokos, pudo más que cuanto le habían dicho sobre su supuesta apacibilidad, y ello le hizo apretar el gatillo de su rifle. Si se le acusa ante un tribunal, yo le defenderé y tal será mi alegato.

Frodner sonrió satisfecho. Peatts, colono como él, estaba en camino de convertirse en un importante personaje.

—Además, ¿quién le nombró Jefe Total de Hamadú? Sólo tiene ese título porque se casó con la hija del Jefe Total anterior. Pero ¿lo hemos nombrado nosotros?

Era una hermosa muchacha la que acababa de hablar y sus palabras provocaron algunos murmullos de asentimiento.

—¡Bien dicho, Lita!— exclamó uno.

—¡Es un déspota!— dijo otro.

—Y ni siquiera tiene una especie de consejo que controle sus decisiones —añadió Lita Haray con vehemencia—. No, nada de ministros ni consejeros ni nada por el estilo; sólo su palabra y basta para que sea ley. ¿Verdad que esto no es justo, señor Peatts?

El aludido se sintió halagado al escuchar aquellas palabras.

—No, no es justo, Lita —concordó—. Y precisamente has tocado el tema del que, junto con nuestra presunta inclusión en la Pentalianza, pienso desarrollar en mi próxima conferencia.

CAPÍTULO II

—¡La Pentalianza!— dijo alguien, en tono de desprecio—. Estamos bien así, sin necesidad de unirnos a ningún grupo de planetas.

—Hamadú perdería su independencia —proclamó otro.

—Hombre, tanto como eso… —dijo Jess Haray, dubitativo.

—Las ventajas de la unión con la Pentalianza serían muchas —opinó Juan Aldaz, presente también en la cantina.

—¿Ventajas? Impuestos más elevados, eso sería todo— refunfuñó Frodner—. ¿No es cierto, abogado?

Peatts volvió a sonreír. Le halagaban las consultas de los colonos. Dar su opinión, sobre todo en público, era algo que satisfacía enormemente su orgullo.

—Dentro de tres días, a las cinco y media, en el Anfiteatro Municipal daré una conferencia sobre ese tema —contestó—. Por supuesto, incluiré también el asunto de la Jefatura Total. Si acude a escucharme, Emil, conocerá mi opinión hasta el último detalle.

—Oiremos croar a muchas ranas —masculló Aldaz, pero no tan bajo que no lo oyeran Haray y su hija.

Haray se echó a reír. Lita fulminó al osado con una mirada colérica.

—Diríase que Ross le ha atontado a usted, Juan —comentó acerbamente.

—Es un hombre honesto y justo, y sé reconocerlo, lo que aún es mejor —respondió Aldaz sin pestañear.

—Como sea, no dejaré que me detenga —gritó Frodner—. Maté al Hoko en legítima defensa.

—Un buen argumento para evitar la sentencia condenatoria —aseguró Peatts.

—Ese hombre… —dijo Lita en tono rencoroso—. Y siempre va acompañado de su guardaespaldas, la nativa…

—Una caníbal —calificó Frodner.

—¿Está seguro de que no dice eso impulsado por el despecho?— sonó de repente la voz de Ed Ross.

Frodner se volvió como el rayo hacia la puerta. Los demás le

imitaron también, no menos sorprendidos por la inesperada presencia del Jefe Total de Hamadú.

Ross estaba en el umbral. Tras él, se divisaba la elevado silueta de Rona.

—Hay quien asegura que usted perseguía a Rona como un sátiro, Frodner —dijo Ross, sonriendo tranquilamente—. Pero Rona no sólo le rechazó, sino que le pegó unos cuantos revolcones, que le hicieron estar en cama casi una semana. Ella tiene más fuerza aún de la que aparenta; usted pudo comprobarlo a su costa. Por eso la ha calificado ahora con una palabra dictada solamente por el despecho.

Frodner tenía la cara de mil colores. Barry Peatts dio un paso hacia adelante.

—Disculpe, jefe Ross —dijo.

—¿Sí, abogado?— contestó el aludidos

—Parece ser que se ha producido un desgraciado incidente…

—Permítame, señor Peatts; no ha sido un desgraciado incidente, sino, por lo menos, un homicidio —cortó Ross de forma tajante—. Y no empleo otra palabra, porque la calificación final del suceso corresponde al tribunal que ha de entender en el caso.

—¡Qué!— chilló Frodner—. ¿Es que va a detenerme por haber dado muerte a ese monstruo?

—Así es —confirmó Ross sin pestañear—. Le ruego, señor Frodner, que no se resista al arresto. Se le reconocen todos los derechos legales, pero debe responder de su acción.

—Jefe, Frodner ignoraba que el Hoko fuese un ser inteligente… —terció Peatts.

—Abogado, parece que no se luce usted mucho en la defensa del presunto culpable. Usted sabe que Frodner, a su llegada a Hamadú, recibió un folleto con instrucciones sobre las formas de vida en el planeta. Alegar ignorancia en este caso es absurdo y usted lo sabe tan bien como yo.

Peatts se mordió los labios.

—Por supuesto —admitió—, pero, al menos, habrá de permitir que defienda al señor Frodner ante el tribunal que lo ha de juzgar.

—Nadie le niega ese derecho, abogado —respondió Ross—. Pero su cliente debe esperar en la cárcel el momento de ser juzgado, momento, que no tardará mucho, se lo aseguro. Mañana, a las diez,

se celebrará el juicio en el edificio del Gobierno.

—¡No!— chilló Frodner repentinamente—. ¡No dejaré que me juzguen por haber matado a un bicho maligno! Antes mataré…

—¡Cuidado!— resonó de súbito la potente voz de Rona.

Frodner había asido su rifle, apoyado hasta entonces en el mostrador del local. Volvió la cabeza y vio a la amazona, apuntándole con su arco tensado al máximo.

La cara de Frodner se puso gris. Conocía los efectos mortíferos de un arco famoso en todo Hamadú y ver el arma encarada a su cuerpo, le infundió un terrible pánico.

El silencio era absoluto. Temblándole las piernas, Frodner se volvió hacia Peatts.

—¡Abogado, sálveme usted!— lloriqueó.

Peatts le puso una mano sobre el hombro.

—Conseguiré su libertad —contestó arrogantemente.

Ross hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, Frodner —dijo.

Abatido, el sujeto se dejó llevar. Peatts vaciló un momento, pero acabó por abandonar también la cantina.

—Tengo que preparar la defensa de mi cliente —dio como excusa para despedirse de los que se hallaban en el local.

* * *

El silencio duró todavía unos minutos, después de que Ross hubiese abandonado la cantina. Lita Haray parecía muy indignada por lo ocurrido.

—Ross no tiene derecho a hacer una cosa semejante —dijo—. No es un señor feudal, dueño de vidas y haciendas…

—Quizá estés equivocada, muchacha —manifestó Aldaz.

—¿Cómo puede decir tal cosa? ¿Acaso el planeta le pertenece?

—¿Y si fuera así?

—En tal caso, las vidas humanas no le pertenecen. ¿No es cierto, papá? —exclamó Lita, volviéndose hacia el autor de sus días.

—Muchacha, estamos en Hamadú y, nos guste o no, al llegar aquí nos comprometimos a respetar sus usos y costumbres y a obedecer las leyes existentes y a las que se pudieran dictar en el futuro. Se nos informó también de que Ed Ross era el Jefe Total de

Hamadú y prestamos aquiescencia al hecho. Por tanto, toda protesta es estéril, hija —respondió Jess Haray en tono sentencioso.

—Pero a Frodner no pueden condenarle por haber matado a un Hoko. Son unos animales… Él dice que tienen inteligencia, pero los loros también repiten las palabras que se le enseñan y no por ello se les considera inteligentes.

—Muchacha —dijo Aldaz—, tu razonamiento, y perdóname la franqueza es erróneo. Los Hokos son inteligentes, eso es algo que está fuera de toda duda. Lo que pasa es que tienen un idioma muy difícil y muy pocos somos que nos cuidamos de entendernos con ellos.

—¿Conoce usted el lenguaje Hoko?— preguntó Lita, asombrada.

—He procurado aprenderlo, aunque, por supuesto, no lo hablo tan bien como el jefe Ross.

—De todas formas, los Hokos… ¡tienen un aspecto tan repugnante!

—Lita, cuando algo o alguien no te gusta, lo mejor es evitar toda relación con él. Los Hokos no se meten con nadie y viven pacíficamente en sus comarcas, pero si decidieran un día lanzarse a la guerra… Bueno, es preferible no pensar en esa oportunidad, porque sería algo espantoso.

La muchacha se impresionó por aquellas palabras.

—¿Usted cree?

—Estoy persuadido de ello —aseguró Aldaz.

—Juan tiene razón —intervino el padre de Lita—. Y, por lo que sé, gracias a Ross reina la paz en Hamadú.

—Así es —confirmó Aldaz—. Durante siglos, los nativos y los Hokos se combatieron con saña, esporádicamente, es cierto, pero las luchas eran mortíferas, con gran cantidad de bajas, todas ellas definitivas, porque nadie daba ni pedía cuartel. No obstante, si ahora hay paz en Hamadú, al jefe Ross se debe.

—Un tipo más bien extraño —comentó Lita, impresionada, a su pesar, por las palabras de Aldaz.

—Todo eso depende del juicio de cada cual. Ross llegó aquí hace unos diez o doce años, perdido con su astronave, la cual tenía averías irreparables. El planeta le gustó, se casó con una bella nativa, precisamente la hija del Jefe Total anterior, la cual ocupó el cargo a la muerte de su padre. Luego, Elyna, que así se llamaba su

esposa, murió y entonces, los dos pueblos inteligentes, es decir los nativos con nuestra figura y los Hokos, lo reconocieron como Jefe Total. Y ante eso, no tenemos nada que hacer —concluyó Aldaz.

—No sabía que Ross se hubiese casado con una nativa —dijo Lita.

—Parece que sólo ahora te has preocupado de él —sonrió Aldaz—. Pero hay una cosa cierta y es que tanto los nativos con figura humana contó los Hokos no sólo le obedecen, sino que le respetan y aprecian enormemente. Y todo aquél que no tenga en cuenta esta circunstancia, cometerá un gravísimo error, muchacha.

—Así es —terció Haray—. Y, en lo que a mí respecta, puedes creer, Lita, que no desearía otro Jefe Total para Hamadú.

—Vaya, ahora va a resultar que Ross es una especie de santo o algo por el estilo —dijo Lita, despechada.

—Concluir un estado de guerra que duraba siglos y restablecer la paz, ¿no es una especie de milagro?

—sonrió Aldaz.

—Es posible, pero… Ross quiere unirnos a la Pentalianza y la gente no lo quiere.

—¿Quiénes son los que no desean la unión con la Pentalianza? ¿Los colonos? Muchacha, desengáñate; los colonos somos uno por cada mil nativos, humanos o Hokos… y los nativos de ambos pueblos apoyan a Ross incondicionalmente. Y, lo creas o no, también muchos colonos; quizá más de los que creen los enemigos de la unión con la Pentalianza.

* * *

De pie en el mirador, Ross contemplaba pensativamente el panorama, iluminado por la luz de las tres pequeñas lunas que orbitaban en tomo a Hamadú. La estancia era grande, sobriamente decorada, pero elegante y de suelo que brillaba como un espejo de color rojo oscuro.

Rona estaba a pocos pasos de distancia, contemplándole en silencio. La amazona sabía que no debía cortar las meditaciones de Ross, pero también sabía lo que pasaba en su interior.

Ella había llorado asimismo la muerte de Elyna, como todos los nativos. Sorprendentemente, también los Hokos habían enviado

numerosos mensajes de condolencia por la muerte por la hija de un antiguo y encarnizado enemigo. Pero el dolor de Ross, después de dos años, apenas se había mitigado.

El edificio estaba construido con sólidos sillares de piedra, al borde de un profundísimo precipicio, cuyos farallones caían verticalmente durante más de trescientos metros. Al pie pasaba un anchuroso río, bordeado de árboles y césped. Las montañas llamadas de los Dientes Blancos —parecían afilados colmillos, cubiertos de nieves eternas— brillaban pálidamente a veinticinco o treinta kilómetros de distancia.

Ross carraspeó de pronto y abandonó su inmovilidad.

—Estás preocupado —dijo Rona.

—Sí —confesó él.

—¿Por Frodner?

—No mucho; es un caso resuelto. Me preocupan otras cosas.

—¿Puedo saberlo, Ed?

—El viaje a Hwalur, Rona.

—¡Ah!— murmuró la nativa.

Hwalur era la capital de la Pentalianza. Ross tendría que desplazarse allí dentro de muy poco, para establecer las condiciones definitivas de la unión y, en su caso, firmar después el tratado correspondiente.

—La gente está conforme, Ed —dijo Rona.

—No todos… y ni siquiera es seguro que Dun'l lo apruebe.

—¿Desistirás si él se opone?

—El número de Hokos es ligeramente Superior al de los nativos. No se puede imponer una decisión en contra de los deseos de la mayoría. Temo que habré de emplear todas mis artes oratorias para persuadir a Dun'l de que me autorice a firmar el tratado de unión.

—Nosotros queremos unirnos a la Pentalianza, Ed. Habrá inconvenientes, pero las ventajas, a la larga, serán muy superiores.

—Ya lo sé, Rona. Sin embargo, no puedo firmar el tratado, pese a lo que digan muchos por ahí, sin contar con la aquiescencia total de la población del planeta.

—¿Qué me dices de los colonos? Son unos cuarenta mil… y ninguno quiere la unión, Ed.

Ross sonrió.

—Eso es lo que dicen los que gritan en contra de la unión —

contestó—. Te sorprendería saber el número de los que aprueban la unión…, pero, repito, sin la aquiescencia de Dun'l, a pesar de todo, no puedo hacer nada.

Rona asintió. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, sobre un risco situado a unos doscientos pasos, en sentido oblicuo al mirador, vio algo que chispeaba, reflejando la luz de las lunas.

—Cuidado, Ed —dijo a media voz.

Ross se volvió hacia la nativa, alarmado por sus palabras.

—¿Qué sucede?— preguntó.

Pero Rona no le contestó. Había tensado el arco, situada ya tras una gran cortina, por la cual asomaba apenas la punta de su flecha.

El hombre que estaba en el risco tenía a Ross en la mira de su visor telescópico, de rayos infrarrojos, para ver en la oscuridad. Cuando se disponía a apretar el gatillo del arma, algo llegó silbando agudamente.

Una larga varilla de metal, que giraba velozmente en el aire, penetró en su pecho y siguió su vuelo, aunque con la marcha ya más reducida, tras salir por la espalda. Los dedos del frustrado asesino perdieron su fuerza de repente y el arma cayó al vacío.

Un hondo gemido brotó de sus labios. Quiso sostenerse, agarrándose a un saliente rocoso, pero, de repente, dejó de ver y su cuerpo empezó a dar volteretas en el vacío. De cuando en cuando, rebotaba contra alguna roca. A trescientos metros, horriblemente destrozado, se detuvo sobre el césped que bordeaba el río.

CAPÍTULO III

A Haray y a Aldaz les gustaba, de cuando en cuando, madrugar un poco para pescar. El río de las Tres Lunas era abundante en unos peces muy similares a las truchas terrestres, los cuales, por causas aún no estudiadas, se movían muy lentamente durante las primeras horas de la mañana.

Era fácil, entonces, tender una sencilla red y pescar una docena de peces. Haray y Aldaz se disponían a iniciar la tarea, cuando, de pronto, vieron el bulto inmóvil a pocos pasos de distancia.

—Ese tipo pescó anoche una buena —comentó Aldaz irónicamente.

—Juan, no pescó nada; lo pescaron a él —dijo Haray, muy serio.

Aldaz respingó. Luego corrió hacia el caído y, a pesar de los destrozos sufridos en su cuerpo, pudo apreciar los orificios abiertos por la flecha.

—¡Diablos, lo han asesinado!— exclamó.

—Yo no diría una cosa así, Juan —manifestó Haray.

Aldaz se volvió hacia su amigo. Haray estaba inclinado al otro lado de unos arbustos. Al enderezarse, tenía un rifle en las manos.

—Conozco el arma y conocía a su dueño —dijo Haray—. Es ese mismo que está a tus pies, Juan.

—¿Cómo se llamaba, Jess?

—Tom Kyne, oficialmente, cazador de profesión.

—Y… ¿menos oficialmente?

—En todo proceso de colonización, indefectiblemente, se produce la llegada de aventureros y gentes sin escrúpulos, Juan. Mira el sitio donde está caído Kyne y levanta luego la cabeza.

Aldaz lo hizo así. Haray continuó:

—Ahora, mira arriba y a tu derecha. Dime, ¿qué ves?

Una exclamación brotó de los labios de Aldaz:

—¡La residencia de Ross!

—¿No te dice eso nada, Juan?— preguntó Haray.

—Creo que sí —respondió Aldaz—. Kyne se apostó en ese risco para matar a Ross. Pero Rona lo divisó y disparó antes su famoso arco.

—Exactamente, Juan.

—Jess, dicen que Rona ve en la oscuridad, como los gatos.

—Si eso es cierto, Kyne tuvo ocasión de comprobarlo a su costa, pero ya no lo comentará con nadie —dijo Haray.

—De modo que quiso matar a Ross —murmuró Aldaz pensativamente—. ¿Por iniciativa propia?

—Yo no lo diría así, aunque… ¿cómo señalar con el dedo al que le ordenó cometer el crimen? Pienso en una persona, Juan; sin embargo, no me atrevo a pronunciar el nombre, porque no tengo pruebas.

Aldaz hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que en eso estamos los dos de acuerdo —dijo—. Pero ¿le beneficiaría la muerte de Ross?

—¿Lo hubiera intentado sólo por capricho? Evidentemente, no.

—Eso es cierto —convino Aldaz. Meneó la cabeza y añadió—: se avecinan tiempos difíciles, Jess.

—Cuando la codicia se apodera de la gente, llegan siempre los tiempos difíciles, Juan —respondió Haray con acento sentencioso.

* * *

Por nada del mundo se hubiera perdido Lita el juicio contra Emil Frodner. Sin embargo, la expectación que había levantado era muy moderada entre los nativos, de los cuales apenas si una docena aparecían en la sala de justicia. Había muchos más colonos, unos sesenta o setenta, bastantes de los cuales parecían estar a favor del acusado.

El juicio iba a ser presidido por el juez Tho-Nutt, nativo. Barry Peatts actuaba como defensor. El propio Ross sería el fiscal.

No había jurado. La ley de Hamadú confería al juez poderes suficientes para sentenciar por sí solo, una vez oídas ambas partes.

Dos nativos, armados con sendos machetes, custodiaban al acusado, que sonreía con insolencia, seguro de sí mismo. La sala de justicia era un gran rectángulo, con paredes de piedra. Los bancos eran simples tablas, sostenidas por secciones de tronco de árbol. La mesa del juez era también una tabla, pero de piedra, una enorme losa, sostenida por un grueso cilindro de granito.

Tras el juez estaba la bandera de Hamadú, verde y oro; verde por los Hokos, oro por los nativos con figura humana. Éste era todo

el decorado.

El juez entró y la asamblea se puso en pie. Tho-Nutt era un hombre de unos cincuenta años, de piel atezada y mirada viva, en contraposición con la mayoría de sus compatriotas, de lentos y lánguidos ademanes en general.

Tho-Nutt hizo un gesto con la mano.

—Se inician las sesiones del juicio contra Emil Frodner, acusado de homicidio en la persona de Vor't, perteneciente al pueblo Hoko. ¿Están conformes el fiscal y la defensa con la calificación del hecho?

—Sí, Señoría —respondió Ross.

—Conforme, Señoría —dijo Peatts.

—El fiscal tiene la palabra —anunció el juez.

—Su Señoría ha calificado ya el hecho. Por tanto, la acusación está ya formulada —dijo Ross sobriamente.

Lita se quedó extrañada. Había esperado un larguísimo discurso, lleno de vituperios e invectivas legales contra el acusado y, en lugar de ello, Ross despachaba con cuatro palabras formularias.

¿Guardaba algún cartucho en reserva?, preguntó la muchacha.

Frodner seguía sonriendo. ¿Cómo se iban a atrever a condenarle por haber matado a un monstruo, por mucha inteligencia que se dijese poseía?

Peatts se puso en pie. Con voz campanuda, empezó a hablar:

—Señoría, como defensor de mi cliente, no voy a negar los hechos. Sí, reconozco que Emil Frodner mató a Vor't, del pueblo Hoko, pero, ¿qué figura tenía la víctima? No negaré que, según los cánones Hokos,

Vor't no fuese un sujeto bello y apuesto. Ahora bien, es preciso contemplar a un Hoko con ojos terrestres y, sin ánimo de ofender al pueblo Hoko, para nosotros, los terrestres, su figura resulta… digamos aterradora.

»Repito que no pretendo negar los hechos. No obstante, me atrevo a señalar un punto al clarividente juicio de su Señoría. Mi defendido había salido de caza, actividad lícita en Hamadú. Lleva poco tiempo en el planeta, es otra circunstancia muy a tener en cuenta. Ahora bien, durante su excursión cinegética, se encuentra repentinamente con un grupo de Hokos. Un terror espantoso invade su ánimo, un miedo invencible, total, absoluto. Los Hokos tienen un

pasado bélico muy considerable, todo hay que decirlo, y mi cliente lo sabe. Entonces, asustado, teme ser atacado y dispara, con los funestos efectos ya conocidos.

»Mi cliente hizo ciertas manifestaciones en los primeros momentos, sobre legítima defensa. Lo creía así entonces, pero yo no me apoyaré en ello. Sí, en cambio, declararé la eximente total de miedo insuperable, ese miedo que aniquila la voluntad de un modo absoluto y hace que el ser humano sumido en ese estado busque su salvación a cualquier precio. Por tanto, pido a su Señoría un veredicto de absolución en el delito de homicidio cometido en la persona de Vor't del pueblo Hoko.

Sonaron algunos aplausos. Paciente, sin decir nada, Tho-Nutt aguardó a que el silencio se hubiera restablecido.

La sonrisa de Frodner adquirió un mayor matiz de insolencia. Miró a algunos de sus amigos más cercanos y, en silencio, les dijo que se consideraba ya absuelto.

* * *

Ed Ross se puso en pie, apenas hubo terminado Peatts su alegato de defensa.

—Señoría, como fiscal y antes de que la sentencia sea pronunciada, desearía formular algunas preguntas al acusado, con la advertencia previa de que, una vez haya terminado este interrogatorio, el defensor podrá interrogar a su vez al acusado.

—¡Protesto, Señoría!— dijo Peatts con gran vehemencia— .El fiscal dijo antes que la acusación ya había sido formulada. Por tanto, su intervención ha concluido.

—Temo que el distinguido defensor no me haya entendido bien —sonrió Ross—. El hecho de que yo dijera que ya había sido formulada la acusación, no incluía mi renuncia a formular preguntas al acusado.

—Protesta denegada —dijo Tho-Nutt—. El fiscal tiene derecho a hacer preguntas al acusado, lo mismo que el defensor, cuando le llegue su tumo.

—Pero, Señoría…

—Abogado Peatts, le recomiendo piense, en todo momento, que el acusado está siendo juzgado de acuerdo con las leyes de Hamadú,

de cuyo planeta es ciudadano de pleno derecho, y no de la Tierra, su planeta de origen, y a cuya nacionalidad planetaria renunció, al establecerse en Hamadú.

Peatts se puso colorado. Las palabras del juez eran irrebatibles.

—Sí, Señoría —contestó, a la vez que se sentaba,

Tho-Nutt hizo un gesto con la mano. Ross movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Señor Frodner — habló serenamente —su Señoría lo ha expresado claramente. Es usted ciudadano de Hamadú, con todos los derechos y deberes que ello implica. Sin embargo, para conseguir la ciudadanía de Hamadú tuvo que cumplir antes ciertos requisitos. ¿Los recuerda?

—Sí, señor —contestó Frodner.

—A su llegada aquí, se le entregó un folleto con instrucciones, entre las que se instruía en el modo de tratar a los habitantes de Hamadú, habitantes que eran descritos en todos sus aspectos. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Pasado el plazo reglamentario, usted solicitó la ciudadanía planetaria de Hamadú. Para conseguirla, tuvo que prestar juramento de obedecer las leyes del planeta y demostrar, además, que conocía plenamente el contenido del folleto de instrucciones. Es el procedimiento reglamentario para todos los casos de concesión de ciudadanía. También lo admite como cierto, ¿no es así?

Frodner, insolente, simuló ahogar un bostezo.

—Claro que sí, hombre, claro que sí —contestó.

Sonaron algunas risitas. Impasible, Ross prosiguió:

—En el aludido folleto se mencionaba al pueblo Hoko. El capítulo dedicado a los Hokos dice que, pese a su figura, son seres inteligentes y que, por tanto, deben ser considerados como personas, esto es, como seres humanos. La palabra humano debe ser atribuida no sólo a quienes tienen nuestra figura, sino a todo ser dotado de inteligencia y poder de raciocinio, como sucede con los Hokos. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Por supuesto, pero yo tuve miedo…

—No hablemos ahora de su miedo, señor Frodner, que daremos por cierto. Mató a Vor't obedeciendo a un miedo insuperable. Ahora, yo le pregunto: ¿Qué hizo usted a continuación?

Frodner abrió la boca estúpidamente. Peatts se sintió preocupado.

—Ese imbécil no me lo ha contado todo —masculló para sí.

—¿Y bien, Frodner?— insistió Ross—. ¿Qué hizo usted, después de matar a Vor't?

Lita estaba en las primeras filas y adelantó el busto ávida de escuchar todo, sin perder una sílaba. La curiosidad era general en todos los asistentes al juicio.

—Nada —dijo Frodner de mal talante—. ¿Qué diablos quería que hiciera? Seguía teniendo miedo, así que me largué de allí…

—Frodner, recuerde que está bajo juramento —advirtió Ross—. Lo que acaba de decir es una mentira flagrante.

Los labios del acusado se contrajeron.

—Repito que ya no hice nada más; escapé de allí a todo correr —contestó.

Ross se volvió hacia el juez.

—Señoría, deseo la comparecencia en este acto del testigo llamado Dun'l, del pueblo Hoko —manifestó.

—Concedido —asintió Tho-Nutt.

CAPÍTULO IV

Caminando erguido sobre sus patas posteriores, Dun'l recordaba vagamente a los canguros terrestres, si bien su figura difería de modo notable. Hubo algunos murmullos de disgusto, pero cesaron rápidamente apenas los ojos triangulares del Hoko miraron un par de veces a derecha e izquierda.

Peatts se puso en pie.

—Señoría, la mayoría de los presentes no conocemos el lenguaje Hoko. No se me ocurriría ni por un momento dudar de las manifestaciones del testigo, pero quiero, por interés de mi defendido, que sus declaraciones sean traducidas honesta y fielmente.

—Nada más justo —aprobó Tho-Nutt—. ¿Alguno de los presentes quiere servir de traductor en este juicio?

Aldaz se puso en pie.

—Yo, Señoría —dijo.

—No hay inconveniente —manifestó Peatts.

—Gracias, Señoría —habló Ross—. Señor Aldaz, en nombre del tribunal, tome juramento al testigo.

La ceremonia duró breves instantes. Lita se estremeció al oír la voz chasqueante de Dun'l. ¿Era posible que un ser de figura tan horripilante tuviera la misma inteligencia que ella misma o cualquiera de los terrestres presentes en el juicio?

—He aceptado plenamente la propuesta del defensor —dijo Ross momentos después—, porque, aunque yo conozco a la perfección el idioma Hoko, no quiero que nadie pueda dudar de parcialidad por mi parte. Señor Aldaz, tenga la bondad de preguntar al testigo si reconoce al acusado como al individuo que mató a Vor't.

—Sí —fue la respuesta de Dun'l, después de la correspondiente traducción.

—Pregúntele ahora, señor Aldaz, qué hizo el acusado tras haber disparado y dado muerte a Vor't.

—Le cortó la cola, encendió fuego, la asó y se la comió.

Lita se puso una mano en la boca. Sentía náuseas.

Un « ¡Oh!» general de asombro brotó de todos los labios. Peatts estaba boquiabierto, sin saber qué decir.

—Gracias, señor Aldaz. Gracias también al testigo —dijo Ross. Y continuó—: Está claro que el acusado mató a un Hoko y se puede admitir la eximente de miedo insuperable en la acción, lo que podría conducir a su absolución. Pero, a continuación, cometió un hecho reprobable y repugnante. Se comió una parte de su víctima. ¿Qué nombre recibe esa acción?

—E… era un animal… —dijo Frodner, a punto de echarse a llorar.

—Está demostrado concluyentemente que Vor't era un ser inteligente y racional, un *ántropos,* dicho en el antiguo lenguaje grieto de la Tierra. *Ántropos* significa hombre, es decir, ser animado que posee razón, inteligencia y voluntad. Por tanto, al comerse la cola de su víctima, el acusado cometió antropofagia… ¡y por ese delito es acusado y por el que debe ser condenado! — tronó Ross.

La estupefacción en la asamblea era general. Lita se sentía horrorizada y asqueada a un tiempo. «Ni aunque fuese verdaderamente un animal me comería yo una brizna de su carne», pensó.

Tho-Nutt se volvió hacia Peatts.

—¿Que tiene que decir a esto el defensor?— consultó.

El abogado se sentía abrumado. De buena gana, hubiera agarrado una estaca para rompérsela en la cabeza a su defendido.

—Nada, Señoría —respondió desanimadamente—. Sólo me queda solicitar benevolencia para mi cliente.

—Pero yo…—Frodner estaba a punto de echarse a llorar, dándose cuenta de que había perdido la partida.

—El caso ha sido definido—ˆ sentenció el juez —Se absuelve al acusado del delito de homicidio, pero, por el de canibalismo, se le condena a reparar el daño causado según la voluntad del jefe del pueblo Hoko, ofendido por la acción juzgada.

—Dun'l, ahora tienes tú la palabra —dijo Ross.

Aldaz tradujo la frase. El Hoko movió su cabeza en señal de asentimiento.

De súbito, Frodner se puso en pie, empuñando un revólver.

—¡No!— gritó descompuesto—. No dejaré que me entreguen a esos monstruos…

La cola de Dun'l se movió súbita y devastadoramente, desplegándose como un larguísimo telescopio flexible, dotado de

vida. En fracciones de segundo, alcanzó tres o cuatro metros de largo y se enroscó en torno a la garganta de Frodner.

Luego, Dun'l dio un seco tirón. Frodner resultó decapitado instantáneamente.

Lita no pudo resistirlo y se desmayó, mientras el cuerpo sin cabeza de Frodner rodaba al pie del estrado. Peatts estaba lívido.

Aldaz tragó saliva. De pronto, Dun'l le tocó con una de sus «manos».

—¿Sí?— dijo Aldaz.

Dun'l cloqueó algo. Aldaz escuchó atentamente y luego se volvió hacia el juez.

—Señoría, Dun'l dice que su intención era la de perdonar a Frodner, contentándose con la expulsión del planeta, pero que no le ha quedado otro remedio que usar su .cola, debido a la actitud belicosa del acusado.

—La acción de Dun'l queda justificada plenamente —decretó Tho-Nutt—. El caso ha sido fallado. Despejen la sala.

—A ese condenado juez le va a pasar algo cualquier día —refunfuñó uno de los presentes.

* * *

— Ross estaba repasando unos libros de cuentas, lamentándose en su fuero interno de tener que desempeñar en ocasiones el nada agradable papel de burócrata, cuando su fiel Rona le anunció una visita.

Juan Aldaz entró momentos más tarde en la estancia.

— ¿Cómo está, Jefe Ross? —saludó cortésmente.

—Hola, Aldaz —sonrió Ross—. Celebro verle por mi casa. ¿Quiere una copita de buen tinto de Hamadú?

Aldaz chasqueó la lengua por anticipado.

—Jefe, si usted se dedicara a cosechero, dejaría en ridículo a los vinateros terrestres — manifestó.

—No sea exagerado, amigo —dijo Ross, al mismo tiempo que entregaba la copa a su visitante—. Dígame, ¿qué le trae por aquí?

—Verá, jefe…—Aldaz se mostraba un tanto irresoluto—. Bueno, el caso es que esta mañana… Jess Haray y yo somos muy buenos amigos y muchos días, al amanecer, vamos a pescar al río…

—Sí, las truchas hamadunitas son muy sabrosas y fáciles de capturar a la madrugada —admitió Ross—. Pero me imagino que usted no ha venido a hablarme sólo de la pesca.

—No, señor. No le quise decir nada esta mañana, porque usted estaba muy ocupado con el juicio, pero ya es hora de que lo sepa. Haray y yo hemos encontrado un cadáver al pie del risco que se ve desde aquí.

—Ah, sí, intentaba asesinarme. Rona lo vio antes y le disparó una flecha. Creo que ya se han llevado el cuerpo.

—En efecto, pero ¿se ha preocupado usted de conocer la identidad del muerto?

—Confieso que no. El juicio ha absorbido todo mi interés… y ahora, estos malditos libros de cuentas… ¿Quién era, Aldaz?

—Se llamaba Tom Kyne. Creo que debe saberlo, jefe; quizá no signifique nada y mucho menos se me ocurriría insinuar siquiera una acusación…, pero Kyne era íntimo amigo de Barry Peatts.

Ross frunció el ceño.

—Eso no lo sabía yo —declaró.

—Bien, me ha parecido oportuno que lo supiera, jefe. Quizá repito, no quiera decir nada… pero nunca está de más conocer todo lo que sucede a nuestro alrededor.

—Le agradezco mucho lo que acaba de decirme y lo tendré en cuenta, Aldaz. De todas formas, me cuesta mucho admitir que Peatts tratara de conseguir mi muerte.

—De Peatts se pueden pensar muchas cosas y ninguna buena, jefe, no lo eche en saco roto. Y ahora, si me lo permite…

—Un momento, Aldaz, quiero hacerle una pregunta —rogó Ross.

—Sí, señor.

—Dígame, ¿es usted contrario a la integración de Hamadú en la Pentalianza?

Los ojos de Aldaz chispearon.

—Sinceramente, creo que es lo que más conviene a Hamadú —respondió.

—Gracias, Aldaz, eso es todo —sonrió Ross.

Aldaz abandonó la estancia. En la cámara contigua se hallaba Rona.

Una sonrisa apareció en los labios del visitante. Rona le pasaba medio palmo de estatura. Tenía grandes pechos y sólidas caderas,

pero su misma estatura la hacía parecer esbelta.

—Rona, tú eres soltera, creo —dijo Alzar.

—Sí —contestó ella.

—¿Conoces tú ese instrumento musical terrestre, llamado guitarra?

—Un poco, no lo he oído mucho.

—Cualquier día de estos vendré a darte un concierto de guitarra, Rona. Es decir, si me lo permites.

La nativa sonrió complacidamente.

— Eres amigo del Jefe Total —dijo—. Ven cuando quieras, Juan.

Aldaz salió silbando. Si, Rona era más alta que él… pero, ¡qué diablos!, un hombre tiene que fundar una familia y no había emigrado de la Tierra a Hamadú sólo para contemplar el paisaje, pensó.

* * *

Día 7-5-2.331
(Calendario de Hamadú)
A LAS 17.30, HORA LOCAL, CONFERENCIA
DEL ABOGADO BARRY PEATTS, SOBRE
LA INTEGRACIÓN DEL PLANETA
EN LA PENTALIANZA. EL ACTO SE CELEBRARA
EN EL ANFITEATRO MUNICIPAL
(Admitido el coloquio al finalizar el acto)

—Será interesante acudir a eso conferencia, ¿no le parece, señor Ross?

El Jefe Total estaba leyendo el aviso, clavado en una tabla, junto a la puerta del palacio de Justicia, y se volvió al oír que le interpelaban.

—¿Piensa ir usted, señorita Haray?— preguntó.

—No me lo perdería por nada del mundo, Jefe —respondió Lita.

—Será interesante, en efecto —convino Ross—. Imagino que Peatts tronará en contra de la integración.

—Representa el pensamiento de muchos, jefe, más de los que usted cree.

—Y menos de los que usted y Peatts se imaginan.

—La gente no quiere la integración —dijo Lita.

—¿Qué gente? ¿Los colonos? Si la Pentalianza nos admite, tendrán que aceptar el nuevo estado de cosas. Son ciudadanos de Hamadú, no lo olvide.

—Pero con derecho a expresar su opinión, jefe.

—También lo tienen los nativos y los Hokos, señorita Haray.

—He oído decir que a los Hokos no les causa demasiado placer la integración. Usted es el Jefe Total, pero…

Ross sonrió.

—Trata de decirme que, a pesar de mis poderes, no estoy facultado para firmar el tratado de integración, ¿no es eso? —preguntó.

—Si la opinión de los colonos está en contra, si los Hokos no quieren la integración, ¿qué hará usted? El calificativo de Jefe Total no incluye un poder feudal, señor Ross.

—Nativos y Hokos lo aceptan así —dijo Ross—. Mi cargo es vitalicio y todo colono, al naturalizarse ciudadano en Hamadú, lo acepta igualmente.

—De todas formas, es hora ya de que se le recorten esos poderes, jefe. Le guste o no, tiene que contar con nosotros.

—Nunca se me ocurriría omitir ese importante sector de opinión, pero ¿por qué no esperamos a que se haya celebrado la conferencia? Asistirán nativos, los cuales también tienen derecho a expresar sus opiniones. Y, no lo olvide, en Hamadú hay cosa de doce millones de seres que tienen nuestra misma figura corporal y, aproximadamente, catorce millones de Hokos. Los colonos son tan sólo cuarenta mil.

—Pero de un peso específico muy importante —alegó Lita.

—Sólo tienen, el mejor de los casos, el peso de cuarenta mil votos, incluyendo los que pudieran emitir los niños de pecho.

Lita enrojeció al oír aquella respuesta.

—Es usted todavía mejor abogado de que Peatts —dijo de mala gana—. Nunca podré olvidar el «as» que tenía escondido en la manga el día que juzgaron a Frodner.

—Como fiscal, mi deber era conseguir que se hiciera justicia.

—Pero nunca por unos medios tan drásticos como la decapitación.

—Usted estaba desmayada y no oyó lo que dijo Dun’l a

continuación del suceso, ¿verdad?

Lita hizo un gesto negativo.

—No me importa en absoluto. Fue una salvajada

—contestó duramente.

Ross sonrió.

—Es usted muy impulsiva y ello, a veces, resulta agradable —dijo—. Después de la conferencia de Peatts, tendré mucho gusto en invitarle a una excursión. Espero que acepte, señorita Haray.

—¿Adónde iremos, jefe?

—Al país de los Hokos —contestó Ross.

CAPÍTULO V

—Y ya conocéis, queridos amigos, cuál es mi punto de vista sobre la integración de Hamadú en la Pentalianza. Todo desventajas e inconvenientes y ningún beneficio. ¿Es esto justo? Contestad vosotros mismos a esta pregunta; por mi parte, ya no tengo nada más que decir —concluyó el orador.

Un enorme griterío acogió las últimas palabras del abogado Peatts. Los gritos de «No, no», se escucha por todas partes.

—¡Independencia!

—¡No a la unión con la Pentalianza!

—¡Queremos ser libres y no esclavos!

—¡Abajo la Pentalianza!

Peatts sonreía satisfecho. Había unas diez mil personas en el anfiteatro, donde, en ocasiones, se celebraban juegos y funciones teatrales, y la mayoría aplaudían y se mostraban de acuerdo con sus palabras.

Pero los que aplaudían, y, astuto e inteligente no dejó de captar el hecho, eran colonos. Había también muchos nativos, fácilmente reconocibles por su tez canela, y casi todos permanecían silenciosos e inmóviles.

Lita también se sentía satisfecha. En su opinión, unir Hamadú a la Pentalianza era un error que pagarían muy caro a la larga, por aparentes que resultaran los beneficios inmediatos.

Algunos de los presentes se levantaron e hicieron preguntas, que fueron contestadas con ingeniosa rapidez por Peatts. El abogado pretendía mostrar de sí mismo una imagen de moderada causticidad en un problema que no estaba resuelto ni mucho menos.

Finalmente, Peatts requirió del auditorio más preguntas. Estaba ya dispuesto a finalizar el acto, cuando se levantó Ross.

—Yo deseo añadir algo, con el permiso del distinguido conferenciante —manifestó con voz pausada—. Es decir si no hay objeción…

—Ninguna, amigo mío, ninguna —dijo Peatts con acento lleno de benevolencia—. Éste es un foro público, donde cualquiera puede expresar libremente sus opiniones y más en un tema que puede tener tanta trascendencia para el futuro de Hamadú.

—Gracias, abogado. Yo rogaría al auditorio que se fijase en que el señor Peatts ha dicho todos los inconvenientes con los que tendremos que luchar si nos integramos en la Pentalianza. Pero ¿ha expuesto asimismo todas las ventajas que obtendremos?

—Creo que sí…

—Mi opinión es diametralmente opuesta a la suya, abogado —dijo Ross en forma tajante—. Su forma de pensar es la misma que la de los terrestres hace trescientos años; ninguno quería abandonar su nacionalidad, en favor de una supranacionalidad planetaria.

Hoy se ha conseguido eso y las ventajas obtenidas en la Tierra son de todos patentes.

»El progreso de la Pentalianza ha sido rapidísimo, desde que los cinco planetas que la componen decidieron unirse y formar un superestado planetario. Cierto, tuvieron que luchar mucho y trabajar denodadamente hasta conseguir el actual estado de prosperidad, pero ¿cuándo se ha visto que los beneficios se consigan sin lucha?

—¿Cuáles serán los beneficios que obtengamos, jefe? —preguntó Peatts—. Porque no llamará usted beneficios a un aumento de impuestos y a una fiscalización de nuestras actividades por la Comisaría de Relaciones Interplanetarias de la Pentalianza, creo yo. ¿Qué les importa a ellos lo que hagamos en «nuestro» planeta?

Ross no dejó de fijarse en el tono con que Peatts había pronunciado la palabra «nuestro». «.Lo cree ya suyo», pensó.

—Abogado, me disgustaría enormemente tener que recurrir a un medio para conseguir la integración —dijo—. Usted, como todos los colonos, al llegar a Hamadú, aceptó mi jefatura sin rechistar. Yo podría haberle prohibido su conferencia, pero no lo he hecho porque estimo su derecho a expresar libremente su opinión.

«Pero usted tiene que respetar también la opinión de los demás, la opinión de miles de colonos que quieren la integración, la de doce millones de nativos que respetarán y acatarán mis decisiones… y la de catorce millones de Hokos que, no lo olvidemos, son seres inteligentes.

—Cierto— admitió Peatts—. Seres inteligentes, pero en estado selvático y que, además, no quieren tampoco la integración.

— ¿Respetaría usted la decisión del pueblo Hoko, si aceptasen la integración, abogado? —preguntó Ross.

—La decisión de la mayoría es siempre ley —respondió Peatts enfáticamente—. Pero a los partidarios de la independencia les costaría mucho creer que los Hokos aceptan la integración, si no tuviesen más pruebas que su palabra, jefe.

—En tal caso, usted y sus partidarios aceptarían los resultados de una votación.

—¿Pueden votar esos lagartos barrigudos?— exclamó de pronto un chusco.

Sonaron muchas carcajadas. Ross no se inmutó por la nada graciosa interrupción.

Cuando el silencio se hubo restablecido, Peatts dijo:

—Todo partidario de la independencia es demócrata, lo que significa acatar siempre el criterio de la mayoría. Si los Hokos votan y sus votos favorecen la integración, nosotros acataremos tal decisión mayoritaria.

Ross extendió una mano.

—Abogado Peatts, ha hablado usted ante testigos, no lo olvide —exclamó—. Le tomo la palabra y espero que sepa comprender lo que quiero decirle.

—He dado la respuesta que debía dar, jefe —contestó Peatts.

Ross ya no dijo nada más y se dispuso a abandonar el anfiteatro. A su lado, alguien gruñó:

—Es usted demasiado considerado con ese tipo, jefe. Peatts es un sujeto lleno de artimañas y nada de fiar. Le recomiendo tenga mucho cuidado con él, muchísimo cuidado. Y si no, recuerde a Tom Kyne.

Ross se volvió. Era Juan Aldaz quien le había hablado.

—No me duermo respecto a Peatts —contestó—. Dentro de algunas semanas, llegará una astronave comercial de la Tierra. Espero que en el correo lleguen los informes que solicité reservadamente de Peatts.

—Eso no lo sabía yo —murmuró Aldaz.

—Sólo lo saben tres personas, Juan: usted, Rona y yo…, además del director de la agencia a la que encargué la consecución de tales informes —respondió Ross—. Supongo que no es necesario pedirle que sea discreto.

Aldaz sonrió.

—Cuando conviene, soy tan discreto como una tumba cuyo

emplazamiento se desconoce —aseguró.

CAPÍTULO VI

—¿Qué pasará si los informes de Peatts son desfavorables?— preguntó Lita a la mañana siguiente, mientras el «graviscooter» volaba rumbo al país de los Hokos.

—Me pide usted una respuesta imposible por ahora —dijo Ross.

—¿Por qué? ¿No puede decirme qué hará si los informes no son buenos?

—Es que depende de lo que digan tales informes, Lita. Más de una vez he recibido informes de tipos sospechosos y no eran nada favorables. Pero en la mayoría de los casos, por no decir todos, los sospechosos se portaban bien, con ansias de regenerarse y vivir aquí honradamente.

—Ya entiendo. Sin embargo, no puede decirse que Peatts no sea honrado.

—No alegaré nada en contra, sin pruebas irrebatibles —declaró él—. Pero según sean los informes, podría expulsarlo de Hamadú.

—¿Aceptará él la orden de expulsión?

—La astronave de la Tierra permanecerá aquí un par de semanas. Lleva cámaras especialmente acondicionadas para casos de homicidio a bordo, locura repentina y también para aislar a algún enfermo, inesperadamente atacado por alguna enfermedad contagiosa o que, simplemente, necesita tranquilidad.

—Quizá el comandante de la astronave no quiera encerrar a Peatts en una de esas cámaras —sugirió Lita.

—Eso ya sería cuenta suya; pero lo que sí puedo garantizarle es que tomaría a Peatts como pasajero, primeramente, porque yo abonaría el importe de ese pasaje, y segundo, porque no hay comandante de astronave que tome tierra en Hamadú, que no reconozca mi jefatura total.

—Entiendo. Pero no me gustaría hacerle una advertencia, jefe.

—La escucharé, siempre que me llame por mi nombre, Lita — sonrió él.

—De acuerdo, Ed. La advertencia es: tenga cuidado, no con los demás, sino consigo mismo. Disponer de un poder total puede conducirle a una deificación de sí mismo y ello resultaría catastrófico.

—Lita, usted olvida que si bien puedo tomar decisiones por mí mismo, también es cierto que, aunque se diga lo contrario, tengo un Consejo Asesor, al cual someto los problemas de importancia, en especial, cuando su resolución no es de inmediata urgencia. Y en ese consejo hay varios nativos, tres o cuatro Hokos y un colono. Cuando reciba los informes, los presentaré al Consejo Asesor.

—No está mal, aunque algunos pueden alegar que fue usted el que nombró a los componentes de ese consejo. Por tanto, ellos harán lo que usted les indique.

—No, Lita. Lo crea o no, solicité voluntarios. Por tanto, no he nombrado a ninguno. Pero no olvide una cosa: en Hamadú hay unas leyes, no escritas, eso es cierto, lo que no impide para que sean aceptadas, respetadas y cumplidas por todos. Y según esas leyes, yo soy el Jefe Total del planeta._

Ross hizo una corta pausa y añadió:

—Al recibir ese nombramiento, más que un honor, recayó sobre mí una gran responsabilidad y no pienso rehuirla, Lita.

La muchacha se quedó muy impresionada por las palabras de su acompañante y, durante unos momentos, guardó silencio. Al cabo de un rato, quiso hablar, pero, de pronto, Ross exclamó:

—Ah, ya tenemos a la vista el país de los Hokos.

* * *

—Te saludo, Dun'l —dijo Ross—. Esta hembra es Lita Haray, buena amiga mía.

Los ojos del Hoko contemplaron con aparente inexpresividad a la muchacha. Luego, sus dos picos tabletearon con rápidas alternativas:

—Celebro conocerla —contestó—. Según vuestros cánones de belleza, ella es muy hermosa.

Los ojos de Lita se abrieron desmesuradamente. ¡Dun'l hablaba en su propio idioma!

Ross sonrió.

—Sí, es muy bonita, en efecto —dijo—. Lita, dele las gracias.

—Gra… gracias —balbuceó la muchacha—. Me… me alegro mucho de saludarte en persona…

Dun'l movió una de sus garras.

—Podéis sentaros —dijo.

El asiento era un tronco de árbol derribado por alguna tempestad. Dun'l se acuclilló simplemente en el suelo herboso.

—Has venido para decirme algo, jefe Ross —habló.

— Sí, en efecto —convino el visitante—. Se trata de conocer tu opinión y la de tu pueblo, con respecto a la integración de Hamadú en la Pentalianza.

—¿Nos conviene, Ed?— preguntó Dun'l.

—En mi opinión, sí.

—Yo no estoy tan seguro de ello, Ed. Ahora vivimos felices y sin problemas. ¿No crees que es integración puede creamos una situación que cambie nuestro modo de vivir?

—Dun'l, eres inteligente, como todos los de tu pueblo. Ya sé que estáis contentos con vuestro género de vida. Para subsistir, sólo necesitáis vegetales y algunos insectos que, a decir verdad, son perjudiciales para las plantas. Pero, ¿me permites que sea absolutamente sincero?

—Te lo ruego, Ed —contestó Dun'l.

—Vuestro género de vida es bueno, incluso maravilloso, pero linda en el salvajismo. No necesitáis ni siquiera un techo para cobijaros y el fuego, elemento esencial en la vida de todo ser primitivo, no os hace falta para nada. Pero quiero que te fijes en una cosa, Dun'l. ¿Te has dado cuenta que, desde hace algunos años, vuestro número ha aumentado considerablemente?

—Sí, es cierto —admitió el Hoko—. Pero, sobre todo, se debe a que no hay guerra entre nosotros y los nativos. Tú acabaste con aquellas matanzas, donde perecían cientos y, a veces, miles de seres de ambos bandos…

—Exacto —cortó Ross casi con gesto triunfal—. Y, ¿qué sucede ahora? Muy sencillo, Dun'l; al no producirse entre vosotros más muertes que las naturales, el número de Hokos aumenta de forma casi vertiginosa. ¿Cuántos hijos tiene una hembra Hoko cuando le llega el momento de ser madre?

—Cada dos años, de doce a quince, Ed —contestó Dun'l.

—Llevamos ya muchos años de paz y vuestro número ha aumentado, así, a ojo, en un veinte por ciento cuando menos. Dun'l, aunque tú no lo sepas, yo he volado más de una vez sobre tu país y he visto ya extensas áreas esquilmadas, limpias de vegetación,

próximas a convertirse en eriales. Eso es grave, muy grave… e incluso podría tener consecuencias funestas para el porvenir de Hamadú.

* * *

Después de las últimas palabras de Ross hubo una pausa de profundo silencio.

Lita se sentía llena de asombro. Ross, ahora lo estaba viendo, era algo más que un jefe paternalista y benevolente, que se preocupaba por el futuro del planeta. A nadie se le había ocurrido, pensó la muchacha, en estudiar el crecimiento demográfico de los Hokos ni mucho menos en observar los resultados de tal circunstancia.

Dun'l fue el primero en romper el silencio.

—¿Por qué no sigues hablando, Ed?— solicitó—. Tú tienes algo más que decirme; aún no has acabado.

—Cierto —concordó Ross—. Dun'l, lo siento, pero es preciso atenerse a la realidad, guste o no. Si las cosas siguen así, puede llegar un día, lejano aún, pero inevitable, en que os falte alimento y entonces lo buscaréis en otras áreas. Alguien se opondrá y sobrevendrá de nuevo una guerra. Eso es algo que no ocurrirá mañana, ni pasado, ni dentro de cien o doscientos años, pero ocurrirá. A menos que…

Ross miraba fijamente a su impasible interlocutor.

—Lo lamento, Dun'l, pero vais a tener que empezar a pensar en la forma de convertiros en agricultores —añadió.

—Creo que te entiendo —dijo Dun'l—. Pero el pueblo Hoko nunca…

—El pueblo Hoko no es ni más ni menos que otros que un día empezaron a pensar en vivir como seres civilizados, y la base del comienzo de esa civilización, ha sido siempre, en todas partes e independientemente de la figura física, la agricultura. Labrando la tierra, cultivando las plantas necesarias para vuestra alimentación, tendréis siempre la comida asegurada.

»En la Tierra, en cientos de planetas habitados, los seres humanos empezaron así, como estáis vosotros ahora; y no vale alegar el tema de la figura, porque hay razas, con un cuerpo muy distinto al tuyo y al mío, que han realizado grandes avances

científicos y se han extendido y propagado su cultura por extensos sectores de la Galaxia. Cuanto antes empieces a tomar conciencia de ese problema, será mejor para todos, Dun'l —concluyó el visitante.

—Me estás haciendo pensar demasiado —se quejó el Hoko—. Sin embargo, algo me hace suponer que todo ese discurso tiene algo que ver con un tema que no es precisamente la agricultura.

—La integración, Dun'l —contestó.

El Hoko pareció sumirse en hondas meditaciones, Ross y Lita respetaron su silencio.

Al cabo de un rato, Dun'l dijo:

—Aceptamos la integración y te nombraremos nuestro representante, Ed.

Ross hizo una profunda Inclinación de cabeza.

—Gracias, Dun'l, pero tal vez exija de ti algo más —declaró—. Es muy posible que te pida una demostración masiva de tu pueblo. Ellos también tienen derecho a dar su opinión en este asunto.

—Comprendo. Vosotros lo llamáis votación o algo por el estilo.

—Sí, Dun'l.

—Estaremos dispuestos para el momento que lo necesites, Ed.

—Gracias, Dun'l. Y ahora, por favor, dile a esta encantadora muchacha cuál era la pena que pensabas solicitar contra Frodner. Ella lo ignora todavía.

Lita se estremeció al ver fijos en ella los triangulares ojos de Dun'l. Los dos picos del Hoko se movieron con rápidas alternativas:

—Me hubiera conformado, simplemente, con la expulsión de Frodner del planeta. Él no me dejó otra alternativa —manifestó.

Lita hizo un gesto con la cabeza.

—Siento haberte juzgado mal, Dun'l. Te ruego me dispenses —pidió.

—Piensa un poco mejor de nosotros en lo sucesivo —contestó el Hoko.

* * *

—Es bien cierto que no se aprecia a la gente, hasta que no se la conoce —dijo la muchacha, ya durante el viaje de vuelta—. ¿Quiere creer que Dun'l empezaba a caerme ya simpático?

Ross lanzó una alegre risita.

—Todavía le resultará más simpático, cuando sepa que sólo en rarísimas ocasiones emplea nuestro lenguaje —contestó—. Hoy lo ha hecho, como deferencia hacia usted, y eso que era la primera vez que la veía. Cuando él y yo nos entrevistamos, hablamos en su idioma y apenas recuerdo una ocasión en que haya empleado él nuestro.

—Tendré que sentirme orgullosa —exclamó Lita—. Cuando lo sepa mi padre se desmayará, Ed.

El «graviscooter» volaba en aquellos momentos a baja altura. Ross hizo que el aparato ganase unos trescientos metros.

—Vea —indicó con un ademán—, allá, a lo lejos, se divisa una mancha amarilla. Es una zona que ya no sirve para alimentar a los Hokos. Tendrán que pensar en estabilizarse en alguna zona del planeta y abandonar su nomadismo.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta su capacidad de reproducción. ¿Dice usted que doce o quince nuevos Hokos cada dos años?

—Esos son los que tiene cada hembra, claro. Por fortuna, su período de fertilidad dura de seis a ocho años, aunque pueden vivir muchos más, naturalmente. Pero el planeta es muy extenso, casi tanto como la Tierra.

—En tal caso, el problema de la explosión demográfica Hoko está muy lejos todavía, Ed.

—Sí…

Ross no pudo seguir hablando. El aparato se bamboleó súbitamente.

—¿Qué sucede?— gritó Lita, alarmada.

El «graviscooter» se movía de un modo irregular —errático. Ross consultó los instrumentos y, de repente, vio algo que le erizó el cabello.

—¡Se ha agotado el combustible!— exclamó.

La aguja del indicador estaba a punto de rozar el cero. Ross avanzó la palanca de potencia a fondo y, durante unos segundos, pareció que podría contener la caída.

Pero el descenso era irremediable y cada vez se hacía más rápido. Muy asustada, Lita se agarró con ambas manos a la cintura del joven.

Ross procuró no perder la serenidad y, con las últimas reservas

de potencia, orientó el «graviscooter» hacia un lugar adecuado para salvarse: un pequeño lago, de frondosas orillas, situado a muy corta distancia de su ruta de vuelo.

Los generadores de sustentación declinaban rápidamente. Casi en el último momento, Ross se volvió hacia la muchacha:

—Lita, ¿sabe usted nadar? —preguntó.

—Sí, Ed —contestó ella.

—En tal caso… ¡Salte! ¡Salte ahora mismo!

Los dos jóvenes se pusieron en pie sobre los asientos del aparato. Un segundo después, se lanzaban de cabeza al agua, desde unos doce o quince metros de altura.

CAPÍTULO VII

Lita creyó que la inmersión no tendría fin. Se hundió verticalmente en el agua, bastante fría, aunque no tanto que causara daño al organismo, y luego taloneó con energía para ganar la superficie.

Al sacar la cabeza fuera del agua se llenó los pulmones de aire. La voz de Ross sonó a poca distancia.

—Lita —llamó.

—Estoy bien —contestó ella.

—Vamos, la orilla no está demasiado lejos.

La distancia era de unos cincuenta metros. Nadaron sin grandes prisas, seguros ya de su salvación.

De pronto, cuando estaban a unos treinta o cuarenta metros de la ribera, dos hombres aparecieron ante sus ojos.

Los dos estaban armados con sendos rifles. Ross vio un extraño júbilo en sus caras y temió lo peor.

— Es una lástima que no hayan caído sobre tierra firme —dijo uno de los presentes—. Hubiera sido un bonito espectáculo.

—Tampoco ahora dejaremos de divertirnos —contestó el otro riendo cínicamente.

—Lita, sumérjase —aconsejó Ross.

—¡Lo mismo da!— gritó el segundo que había hablado—. Sumergiéndose, podrán evitar nuestras balas, pero ¿qué les parece esta bombita de mano?

Ross se aterró. La explosión les destrozaría irremisiblemente.

—Vamos, tú, Eidoon, no pierdas tiempo —pidió el otro sujeto, con un gruñido de impaciencia.

Ostentosamente, Eidoon desenganchó el seguro de la bomba de mano y se dispuso a arrojarla. Levantó el brazo y, en el mismo instante, algo cayó del cielo, silbando aterradoramente.

Un surtidor de sangre brotó de repente del pecho de Eidoon, que se tambaleó horriblemente. La flecha se clavó casi hasta la mitad de su longitud en el suelo, a unos pasos por delante del individuo.

El otro, sorprendido, se volvió hacia su compañero. En el mismo instante, perdidas las fuerzas, Eidoon dejaba caer la bomba de mano.

—¡No…! ¡No…!— chilló su compinche, apenas una fracción de segundo antes de que se produjera la explosión.

Dos cuerpos humanos volaron por el aire. El trueno hizo volar asustadas a docenas de aves acuáticas.

Segundos después, un «graviscooter» tomaba tierra en las inmediaciones. Rona y Aldaz corrieron hacia la orilla y ayudaron a salir a los dos náufragos.

—¿Se encuentra bien?— preguntó la nativa con ansiedad.

—Un poco asustados todavía —confesó Ross sonriendo—. Pero ha sido una intervención muy oportuna.

—Yo manejaba el «graviscooter» —declaró Aldaz con orgullo no disimulado—. Rona tenía las manos libres para emplear el arco.

—No dije nada de que vinieran por aquí —refunfuñó Ross.

— ¿Te ha molestado? —preguntó Rona.

Aldaz, más práctico, sacó algo del bolsillo posterior de sus pantalones.

— Están necesitando un traguito —dijo en tono malicioso—. Si no es bueno, culparemos de ello a Jess Haray —añadió.

Lita tomó un par de sorbos de licor. Ross, aunque a regañadientes, acabó por aceptar.

—Jefe, parece que hay alguien que quiere quitar un estorbo de en medio —dijo Aldaz instantes más tarde.

—Hace ya algún tiempo que lo vengo observando —contestó Ross—. Pero, en medio de todo, hay algo que no acabo de comprender.

—¿De qué se trata, Ed?— preguntó Lita.

—Supongamos que todo ello es obra de Peatts, supongamos que consigue eliminarme… ¿Qué ganancias obtendrá? Ni los nativos ni los hokos le aceptarían como Jefe Total. Su esfuerzo, pues, habría sido inútil. ¿No les parece un razonamiento lógico?

—Yo creo que sí —dijo la muchacha.

—Parece acertado pensar así —observó Aldaz—. Sería una muerte, con perdón, estúpida e inútil.

—Pero nadie mata a otra persona sin un motivo poderoso, a menos que lo haga, por ejemplo, en un acceso de celos. Cuando alguien comete un asesinato, por regla general, es que espera conseguir algún beneficio de su crimen. ¿Cuál es el beneficio que obtendría Peatts con mi muerte?

Hubo un instante de silencio. Ninguno de los presentes se atrevía a emitir una opinión.

—Peatts, es indudable, tiene una carta escondida y no la mostrará, sino en el momento oportuno —siguió Ross momentos después—. Averiguar qué carta es podría ser darnos una gran ventaja.

—Pero, desgraciadamente, la tiene muy bien escondida —dijo Lita—. Y yo creo que usted tiene razón, Ed; Peatts pretende algo más que alcanzar la jefatura total de Hamadú.

Ross hizo un gesto con la cabeza.

—Me gustaría tener pruebas consistentes para expulsar a Peatts del planeta —dijo—. Podría hacerlo ahora mismo, es obvio, pero no me gusta actuar de un modo dictatorial. Prefiero hacerlo con motivos irrefutables en la mano y así nadie dudará de la clase de tipo que es Peatts.

—Tendrá que aguardar a los informes que han de llegar de la Tierra —dijo Lita.

— Eso tardará aún varias semanas y antes he de viajar a la capital de la Pentalianza para concretar las condiciones de la integración. Es algo que debo hacer, antes de dar el paso definitivo que será la firma del tratado.

—¿Irá solo, Ed?— preguntó Lita.

—Rona me acompañará, como de costumbre.

—Con Juan como ayudante —dijo la nativa.

Ross arqueó las cejas. Aldaz sonrió.

—Si no tiene inconveniente, jefe —manifestó.

—Rona ha tomado ya una decisión al respecto —accedió Ross.

* * *

—De todas formas, sigo pensando en que la integración es un error, un solemne error, cuyas consecuencias pagamos, no sólo nosotros, sino nuestros descendientes.

Lita miró a Peatts, quien, acodado en el mostrador de la cantina, charlaba con aire doctoral con un grupo de amigos. Murmullos de aprobación acogieron sus palabras.

—La independencia es lo mejor de todo —Mijo uno.

—La Secretaría de Hacienda de la Pentalianza nos exprimirá

como un limón —vaticinó otro—. Pagaremos una serie de impuestos, de los que ahora nos vemos libres…

—Sería curioso saber lo que espera usted de la no integración, abogado —dijo Lita de pronto—. Opinar libremente es derecho de todo ser inteligente, pero los demás, creo, tenemos derecho a conocer los motivos de tal o cual opinión. Para mí, los alegatos en contra de la integración en la Pentalianza, hasta ahora, son no sólo insuficiente, sino pobres e inconvincentes.

Peatts se quedó parado un monumento. Los demás miraron a la muchacha con asombro.

—Yo creía que usted también era contraria a la integración —dijo al fin Peatts.

—La integración, y aunque no sin esfuerzos, porque a nadie se le regala nada en este mundo, sólo producirá beneficios, abogado —contestó Lita—. Yo le ruego repare en los otros sistemas planetarios, de los que tenemos noticias, claro está, y comprenderá que en todo lugar donde se ha constituido una entidad supraplanetaria, sólo se han recibido beneficios.

»Pero, ¿no es usted de la Tierra, como yo? ¿Es que no sabe darse cuenta del progreso de aquel planeta desde que se constituyó en una sola unidad política? Y, más cerca, ¿no se le ha ocurrido estudiar un poco de la historia de los cinco planetas que componen la Pentalianza?

»La Pentalianza lleva funcionando escasamente treinta y cinco o cuarenta años, no recuerdo fechas exactas, pero en ese plazo el progreso ha sido vertiginoso. Hamadú no puede continuar aislado, abogado, por más que ustedes, es decir sólo unos pocos, pretendan lo contrario. Hamadú es muy primitivo todavía, pero ahora progresará enormemente y, lo crea o no, la Pentalianza nos ayudará de forma muy considerable. Naturalmente, nadie debe creer que la Pentalianza nos alimentará y vestirá gratuitamente sólo por pertenecer a ella; y habrá que trabajar de firme, pero cuando toquemos las consecuencias de esa unión y de ese trabajo, todo nos resultará muchísimo más fácil y beneficioso.

Peatts aplaudió.

—Un discurso altamente emotivo, pero de poca efectividad —calificó—. Los beneficios de la integración no serán tantos como usted anuncia, sino todo lo contrario.

—Todavía no ha expresado usted los fundamentos de su opinión en contra, abogado —le recordó Lita.

—Lo haré a su debido tiempo. Aún no se ha firmado el tratado ni siquiera se han iniciado las gestiones para concretar los términos del mismo. Y no olvide, por otra parte, que es un asunto demasiado importante para dejarlo a la voluntad de un solo hombre, por muy Jefe Total que se denomine.

—Usted, y los que piensan como usted, son tipos de suerte —declaró ella acaloradamente—. Si Ross fuese otro, le bastaría con ir a la capital de la Pentalianza y firmar el tratado, sin consultar con nadie. Tiene pleno derecho a ello, y usted y sus amigos tendrían que aceptar los hechos consumados. O emigrar de Hamadú, claro. Pero Ross solicitará una votación y acatará, en este sentido, lo que decidan los votantes.

—Muy generoso de su parte, Lita —contestó Peatts—. Sin embargo, Ross y sus amigos deberán tener también muy en cuenta que no soy yo solo, con unos cuantos, los que nos negamos a la integración. Por ejemplo, aquí tiene a un nativo. Pregúntele a Ti-Kano, Lita, pregúntele.

El nativo formaba parte del grupo. Lita no tuvo tiempo de decir nada.

—No queremos la integración —gruñó Ti-Kano hoscamente.

—Hay doce millones…

—Esperemos al día de la votación, ¿no le parece? —sonrió de una forma que a Lita, sin saber, preocupó de manera considerable.

Un hombre entró en la cantina. Era de mediana estatura, grueso y de rostro abotargado.

—Hola, doctor Hammuth —saludó Peatts afablemente—. ¿Algo de nuevo?

—Sí, abogado —contestó el recién llegado—. Tengo ya el resultado de los análisis, pero me gustaría que lo viera usted en mi consultorio.

—No faltaría más, doctor. Lita, ha sido una conversación muy instructiva —se despidió Peatts.

La muchacha se retiró. Sin saber por qué, se sentía preocupada.

Continuaba recelando de Peatts. ¿Cuál era su carta en reserva?, se preguntó, sin saber encontrar una respuesta medianamente satisfactoria.

CAPÍTULO VIII

—Me intrigan las entrevistas de Peatts con el doctor Hammuth —dijo Aldaz.

—¿Por qué, Juan?— preguntó Ross, mientras llenaba dos copas con el transparente vino hammadunita.

—Hammuth no es trigo limpio, jefe —rezongó Aldaz.

—Es un buen médico y ha salvado muchas vidas. Incluso ha llegado a curar enfermedades de los Hokos.

—Sí, y le diré todavía más. En la Tierra era un buen analista, un magnífico investigador, de los buenos, créame. Pero ¿por qué abandonó su puesto y se vino aquí a desempeñar el papel de un médico de pueblo?

—Quizá se cansó del exceso de civilización de la Tierra.

—Se rumoreaba de él como candidato al Premio Nobel. De pronto, lo abandonó todo y se vino a Hamadú. ¿Por qué no encarga una investigación a su agencia de informes, jefe?

—Deberías hacerlo, Ed —terció Rona.

Ross sonrió.

—Tú confías mucho en Juan, ¿verdad? —dijo.

La nativa enrojeció ligeramente.

—Juan no suele hablar sin fundamento —contestó—. Me acuerdo muy bien del día en que fuiste con Lita a visitar a Dun'l. Juan me convenció de que te acompañáramos a distancia y acertó. Eidoon y Mallory no estaban allí por casualidad, créeme.

—Nunca he supuesto lo contrario…

—Ayer me sumergí en el lago y rescaté el «graviscooter» —declaró Aldaz—. De las seis cápsulas energéticas que debe llevar todo aparato para volar durante seis meses, sin necesidad de repostar, faltaban cinco. He abierto la que quedaba, convenientemente protegido con un traje aislante, por supuesto. El contenido de «gravitina» era prácticamente nulo.

Ross se quedó muy asombrado al conocer aquella noticia.

— No llevaba cuenta del tiempo —admitió—. Cuando partí hacia el país de los Hokos, pensé que el «graviscooter» tenía su carga normal.

—Alguien manipuló en la central energética del aparato, jefe.

No se puede probar quién lo hizo, pero detrás del tipo que le saboteó el aparato, me dejaría cortar el cuello, está Peatts.

—Ese tipo quiere eliminarte, Ed —dijo Rona—. Es algo que está más que visto.

—Y si no hace usted nada por evitarlo…

Aldaz no pudo continuar; a través del ventanal, se veía un gravimóvil a punto de tomar tierra en el patio del edificio.

Lita saltó al suelo segundos después. La chica vestía una simple blusa sin mangas y pantalones cortos. Su aspecto era realmente atractivo.

—Hola —dijo al entrar en la sala—. ¿Consejo de guerra? —preguntó jovialmente.

—Algo por el estilo —sonrió Ross—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, Ed. Traigo noticias.

—¿Importantes?

—Tal vez. Ed, parece que hay algunos nativos que opinan en contra de la integración —dijo Lita—. Ti-Kano es uno de ellos.

—¡Ti-Kano!— repitió Ross, sorprendido—. Es el jefe del clan de los Kan-Oi, uno de los más importantes de Hamadú.

— Exactamente —convino Lita—. Obvio es decir que, si el jefe del clan Kan-Oi piensa de una manera, los demás componentes del mismo votarán como él lo disponga.

—Hablaré con Ti-Kano —musitó Ross—. ¿Algo más, Lita?

—Sí. Parece ser que Peatts no anda bien de salud. El doctor Hammuth fue a la cantina y se lo llevó a su consultorio, para hablarle de no sé qué análisis.

—Peatts aparenta tener una salud a prueba de bomba —observó Aldaz.

—A veces, las apariencias engañan —terció Rona.

—Yo hablaré con el doctor Hammuth —dijo Aldaz.

—No le dirá nada, Juan —aseguró Lita—. El secreto profesional…

Aldaz sonrió maliciosamente.

—Tengo una llave para abrir el armario donde el doctor Hammuth encierra sus secretos —dijo.

—Cuidado, Juan —avisó Ross.

—No se preocupe, jefe; una buena botella desatara la lengua del «matasanos».

—Entiendo —sonrió Ross—. Y yo hablaré con Ti-Kano; su actitud me intriga. Gracias por todo, Lita.

—Aguarde, Ed —pidió la muchacha—. Todavía no he terminado.

—¿Más noticias?— se sorprendió Ross.

—Sí. Peatts ha enviado un larguísimo mensaje a la Tierra. El operador me ha dicho que cree que está cifrado, aunque no lo puede asegurar, por supuesto.

—Milton Forbes es un buen chico. ¿Le ha dicho a quién iba dirigido el mensaje, Lita?

—No —contestó la muchacha—. Ha sido un comentario sin importancia, al menos, eso pensaba Forbes cuando vino después de mediodía a tomar una copa en casa. Le extrañó que Peatts derrochase un montón de marcos galácticos en el mensaje, eso es todo.

—Pregúntele el nombre del destinatario del mensaje en cuanto tenga ocasión, Lita.

—Sí, Ed.

Aldaz se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver si encuentro la ocasión propicia para hablar con el doctor Hammuth —dijo.

Ross consultó su reloj.

—La hora es muy adecuada para una conversación con Ti-Kano —declaró.

—¿Puedo acompañarle, Ed?— preguntó Lita.

—Claro —accedió él—. Vamos ya.

* * *

La residencia de Dickinson Hammuth era, como muchas otras, una construcción de gruesas cañas de bambú hamadunita, con techo de bálago, lo que no excluía ciertas comodidades interiores. Pero el clima del planeta lo permitía y aún lo aconsejaba.

Por otra parte, los habitantes de Hamadú no eran demasiado exigentes en cuanto a sus habitáculos; les bastaba tener un techo para protegerse de la lluvia, que no del frío, y una estera de fibra como lecho. Muchos de los colonos se habían habituado a un género de vida semejante, aunque otros se habían construido

residencias con materiales más sólidos, entre ellos el granito hamadunita, fácil de cortar con sierras de dientes de carborundo.

El granito hamadunita, así llamado por su semejanza con el terrestre ofrecía, sin embargo, ciertas diferencias, entre ellas la de poder ser moldeado a golpes de maza. Ello permitía una mejor acomodación de los sillares y piedras que componían un edificio, aunque era preciso esperar, en cada etapa, un tiempo determinado, para que la piedra se endureciera por simple presión. Pero una vez superada esta etapa, el edificio así construido ofrecía unas garantías de solidez y resistencia absolutas.

Aldaz llegó ante la cabaña de Hammuth y lanzó una rápida mirada a su alrededor. Había algunos nativos en las inmediaciones, pero ninguno de ellos parecía ocuparse de las actividades del terrestre. Aldaz subió los seis escalones que señalaban el suelo de la terraza y llamó a la puerta.

Nadie le contestó. Aldaz se preguntó si Hammuth habría salido de visita a algún sitio donde había un enfermo.

Un conocido suyo pasó de pronto por aquel lugar.

—Eh, Dik-Raa —llamó—. ¿Sabes si el doctor Hammuth está fuera, atendiendo a algún enfermo?

Dik-Raa se detuvo en el acto.

—Me parece que no —contestó—. Hace una hora le vi entrar en su casa y no recuerdo haberle visto salir… o, mejor dicho, haber «olido» su salida.

Aldaz se echó a reír. Las aficiones alcohólicas del galeno le eran sobradamente conocidas, así como el fino olfato de los nativos.

—Entonces, es que está en casa —decidió.

—Abre la puerta, hombre —indicó Dik-Raa—. El doctor ha dicho siempre que entremos libremente, aun cuando él no conteste a nuestras llamadas.

—Sí, será lo mejor —convino Aldaz.

Y empujó la puerta.

Hammuth estaba sentado en un sillón de mimbre, a pocos pasos de la entrada. Parecía dormir.

—Doctor —llamó el colono.

Hammuth no contestó. Aldaz frunció el ceño.

—Una cara demasiado blanca —murmuró.

Se acercó al galeno y le tocó en el hombro. Silenciosamente,

Hammuth se deslizó a un lado hasta caer al suelo, en donde quedó inmóvil.

Aldaz pegó un brinco de sorpresa.

—¡Rayos!— juró.

Y, de repente, dio media vuelta y salió corriendo a la veranda.

—¡Dik-Raa, el doctor está muerto!— gritó.

El nativo se había alejado ya una veintena de pasos y se volvió al oír las voces de Aldaz. Casi en el mismo instante, se oyó una sorda explosión dentro de la cabaña.

Aldaz giró la cabeza. Un chorro de llamas había brotado de alguna parte, con enorme intensidad, y amenazaba con destruir el edificio en contados minutos.

El colono no se lo pensó dos veces; resueltamente, desafiando todo riesgo, entró en la cabaña, agarró por las axilas el inanimado cuerpo de Hammuth y tiró de él hacia el exterior.

Las llamas habían prendido ya en las perneras de los pantalones del muerto y Aldaz las apagó a sombrerazos. Dik-Raa y algún otro nativo le ayudaron en la tarea de retirar el cadáver a lugar seguro.

—Ha debido de morir de un ataque cardíaco —opinó Dik-Raa momentos después, mientras la cabaña de Hammuth ardía en pompa.

—Eso es algo que decidirá una autopsia en regla —dijo Aldaz sombríamente, pues ni por un momento creía en la hipótesis de la muerte de Hammuth por causas naturales.

* * *

El rostro de Ti-Kano se mantenía impasible, mientras escuchaba el discurso de su visitante.

Lita se sentía pesimista. Ti-Kano se mostraba declarado adversario de la integración.

—Te respeto y obedezco, jefe Ross —dijo el nativo cuando su visitante hubo terminado de hablar—. Pero nunca se habló de que tu jefatura tuviese los poderes suficientes para coaligar a Hamadú con otros planetas.

—Tampoco nunca, antes de ahora, se planteó el problema —alegó Ross—. Todos los jefes Totales de Hamadú…

—Lo eran solamente para asuntos internos del planeta —atajó

Ti-Kano fríamente.

—Los tiempos cambian —insistió el visitante.

—Te respeto y te obedezco, pero no hasta el punto de aceptar tus designios sobre la integración —volvió a repetir Ti-Kano.

Ross frunció el ceño. ¿A qué se debía la obstinación de su interlocutor?

—¿Has hablado con Peatts?— preguntó de repente.

—No intentes tergiversar mi amistad con ese colono —dijo Ti-Kano—. He llegado a esa decisión, después de madurarlo detenidamente. Lo siento, pero el clan Kan-Oi votará en contra de la unión con la Pentalianza.

Hubo un momento de silencio.

Lita se sentía consternada.

Ti-Kano era un jefe muy importante y tenía ascendencia sobre varias decenas de millares de nativos. El clan de los Kan-Oi gozaba de un gran prestigio y la decisión de su jefe, era fácil adivinarlo, arrastrarla a otros clanes a una respuesta también negativa a la integración.

La vista de Ross estaba fija en el rostro de Ti-Kano. De repente, le pareció notar algo extraño en sus pupilas.

La inmensa mayoría de los nativos con figura humana tenían las pupilas muy claras, casi glaucas. Las de Ti-Kano parecían de un tono algo más oscuro de lo ordinario.

—Siento haberte molestado —dijo, a la vez que se ponía en pie —. Como puedes comprender, si bien acato tu decisión, no por ello he de desistir de mis primitivos proyectos en favor de la integración.

—Hay muchos contrarios a ella —aseguró Ti-Kano—. Si tu propuesta es derrotada, ¿dimitirás?

Lita se quedó sin aliento. Ross parpadeó.

—Mi cargo es hereditario —arguyó.

—Se conocen casos de dimisión en la historia de los Jefes Totales —dijo Ti-Kano—. Repasa la historia de nuestro pueblo, te lo aconsejo.

—Así lo haré —prometió Ross.

—Eres el Jefe Total por haber sido esposo de Elina. De haber vivido ella y encontrarse en tus condiciones, también habría dimitido.

Ross crispó los puños.

Lita se dio cuenta del dolor que producía a Ross la mención del nombre de la amada muerta. Pero en aquella crispación había también otros motivos.

—No se puede especular con lo que no ha sucedido— dijo Ros al fin, procurando mantenerse sereno —De todas formas, gracias por haberme recibido, Ti-Kano.

—Soy tu obediente servidor —aseguró el nativo, y a Lita le pareció que hablaba con redomada hipocresía.

Salieron de la casa. Lita fue a decir algo, pero en el mismo momento, un «graviscooter» llegó en tromba y aterrizó junto a ellos.

Aldaz se apeó de un salto, casi antes de que el vehículo aéreo se hubiera detenido. Jadeante y sin aliento, exclamó:

—¡El doctor Hammuth ha muerto, creo que asesinado!

CAPÍTULO IX

Hammuth no era el único médico de Hamadú. Entre los colonos inmigrados, había varios, uno de los cuales, buen amigo de Ross, se encargó de la autopsia.

El doctor Peters salió del local donde había estado trabajando con ahínco durante largas horas. Miró a Ross y dijo:

—Fallo cardíaco, Ed.

— ¿Seguro, doctor? —dudó Ross.

—No he encontrado rastros de lesión cardíaca. Si hubo veneno, tampoco he encontrado rastros. Aparentemente, Hammuth no tenía por qué morir de un ataque al corazón; lo tenía en buen estado… pero abusaba del alcohol. Tampoco ha habido trombosis coronaria ni la clásica angina de pecho. Sin embargo, si no ha muerto por dicha causa, ¿de qué ha muerto?

Ross miró al galeno sin pestañear.

—¿Qué va a decir usted en su certificado?— preguntó.

—Muerte por causas desconocidas, no puedo hacer otra cosa. Esto no sería admitido por un tribunal terrestre, pero aquí es distinto. Si lo asesinaron, resulta imposible probarlo.

—Hay venenos que no dejan rastro, doctor.

—Lo sé, jefe Ross. La muerte de Hammuth no se hubiera hecho sospechosa de no haberse producido aquella misteriosa explosión que redujo su casa a cenizas. Por lo demás, si fue un asesinato, es preciso convenir que fue el resultado de una trama muy ingeniosa.

—Diabólicamente ingeniosa —calificó Ross, con gesto ceñudo.

Peters se encogió de hombros.

—Lo siento, jefe —dijo. Puso una mano sobre el hombro de Ross y, tras un segundo de vacilación, continuó su camino.

—Ha sido un asesinato —declaró Aldaz con vehemencia, que había asistido a la conversación entre los dos hombres.

—¿Podemos probarlo siquiera, Juan?

—El asesino supo hacerlo bien, jefe —rezongó el colono—. Pero cometió un error.

—¿Cuál?— preguntó Ross.

—Midió mal el tiempo de la espoleta de la bomba térmica. Lo calculó demasiado largo y por eso yo pude rescatar de las llamas el

cadáver de Hammuth.

—Juan, ¿sabe usted por ventura si lo que quería el asesino era que se encontrase le cuerpo de la víctima? La autopsia no ha podido probar nada; oficialmente, no se puede declarar que se trata de un asesinato…

—¡Pero lo es!— insistió Aldaz—. Y no hace falta que apuntemos con el dedo, para saber quién es el asesino.

—¿Se le ha visto en las inmediaciones de la cabaña de Hammuth?— preguntó Ross.

—Bastantes horas antes, cuando el médico fue a buscarlo a la cantina del padre de Lita. Se marcharon juntos, por el asunto de los análisis.

Ross chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo de pronto—. Los análisis no se referían a ninguna presunta enfermedad de Peatts, sino a otra cosa que desconocemos por el momento.

—Pudiera ser —admitió Aldaz pensativamente—. La destrucción de la cabaña resultaba conveniente; quizá había en ella cosas que él o sus acólitos no se pudieron llevar y que el fuego hizo desaparecer por completo.

—Exacto —concordó Ross—. Ahora bien, nuestro interés se centra en saber qué analizaron y con qué objeto lo hicieron. Recuerde, Juan, que sospechamos que Peatts ambiciona algo más que la simple jefatura total de Hamadú.

—Eso es cierto, pero no sabemos qué es lo que quiere. Le voy a sugerir una idea, jefe.

—Sí, Juan.

—Usted ha solicitado informes de Peatts, pero no los ha pedido con demasiadas prisas, puesto que llegarán en el correo de la astronave. Gástese el dinero, hombre, y vaya a la estación de transmisiones espaciales. Active a su agencia… y que le envíen también informes de Hammuth, sobre todo de los motivos que le impulsaron a abandonar un brillantísimo porvenir, a punto de ser Premio Nobel, para venirse a este, con perdón, planeta olvidado de la mano de Dios.

Ross sonrió al observar la vehemencia del colono.

—Es una buena idea y voy a ponerla en práctica ahora mismo — dijo.

En el momento en que echaban a andar, se les acercó Lita, montada en su «graviscooter».

—Traigo noticias —dijo, muy excitada.

—¿Interesantes?— preguntó Ross.

—Juzguen ustedes mismos. El mensaje que Peatts envió a la Tierra, iba dirigido a un tal Julius Logan, vicedirector técnico de la *Interplanetary Chemical,* una de las más poderosas empresas químicas de la Tierra. Según Forbes, el mensaje hablaba de abonos especiales para el suelo de Hamadú, pero él está seguro de que estaba cifrado.

—Y, naturalmente, la clave sólo es conocida de Peatts y Logan —suspiró Ross.

—Eso es indudable. Ed, me siento muy preocupada.

Ross sonrió.

—Si mal no recuerdo, antes era una acérrima partidaria de la no integración —dijo.

—Eso era antes y no ahora, Ed. Se puede cambiar de opinión, ¿no es cierto, Juan?

—Siempre que sea para bien… —contestó Aldaz con sorna.

—Pero lo que más me preocupa ahora es la posición de Ti-Kano. ¿Cómo ha podido mudar de parecer de una manera tan radical? —exclamó Lita.

—Se lo dije al concluir la entrevista; sospecho que estaba drogado, lo que hizo que sus respuestas no estuvieran de acuerdo con su propia realidad.

—¡Drogado!— resopló Aldaz—. No preguntaré quién lo ha hecho, sino cómo lo ha hecho, jefe.

—De nuevo estamos ante el mismo obstáculo: ¿podemos probarlo? —respondió Ross.

Aldaz se acarició el mentón con aire reflexivo. De pronto, exclamó:

—Jefe, ¿puede usted confiar en el doctor Peters? —preguntó.

—Es un hombre honrado —calificó Ross.

—En tal caso, vamos a ver si podemos probar algo acerca de la droga suministrada al bueno de Ti-Kano. ¿Me acompañas, Rona?

La nativa vaciló. Ross movió la cabeza.

—Ve con él —indicó.

Lita quedó a solas con Ross.

—¿Es admisible la hipótesis de la droga administrada a Ti-Kano? — preguntó.

—Con un tipo como Peatts, todo es admisible, Lita

—respondió el jefe Total sombríamente.

—Queremos hablar a solas contigo, Ti-Kano —manifestó Rona.

Ti-Kano escrutó recelosamente los rostros de la pareja que tenía frente a sí.

—¿De qué se trata?— preguntó.

—Entremos en casa, ¿no te parece?

El nativo vaciló un instante, pero acabó por acceder. Ti-Kano residía en un gran edificio de piedra, no lejos del río y a unos cinco o seis kilómetros de la ciudad.

Era de noche. El interior de la sala principal estaba alumbrado por varias lámparas de aceite. A Ti-Kano, y no era el único, le disgustaban los modernos sistemas de iluminación.

—Mi esposa ha salido —dijo—. Está en casa de su hermana, que va a tener un niño.

Rona sonrió imperceptiblemente. Conocía la circunstancia y por ello había dado un falso mensaje a la mujer de Ti-Kano, alejándola de la casa.

—Un hermoso acontecimiento —dijo.

—Sí, claro. Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Ti-Kano, entre impaciente y nervioso.

—Mira hacia aquí —indicó Aldaz.

Ti-Kano volvió la cabeza, sólo para encontrarse con el puño del colono, que le golpeó con fuerza en la mandíbula. Ti-Kano se desplomó como una masa inerte.

—¡Rápido, Juan!— exclamó Rona a media voz.

Aldaz no perdió el tiempo. Sacó de su bolsillo posterior de sus pantalones una cajita, que abrió inmediatamente. Dentro de la cajita había un algodón mojado en desinfectante, con el que humedeció una zona del desnudo brazo izquierdo del nativo.

A continuación y por medio de una lanceta, practicó una ligera incisión. Luego, sacó un par de cristales portaobjetos y los manchó con la sangre que brotaba del corte.

Una vez conseguidas las muestras de sangre, puso un poco de celulina sellante en la levísima herida, cerró la cajita con todo cuidado y se incorporó de un salto.

—Listos, Rona — dijo.

—Objetivo logrado —exclamó ella, muy satisfecha.

—No cantes victoria; el doctor Peters no ha efectuado todavía el análisis de estas muestras de sangre.

—Estoy segura de que serán positivos y demostraremos que Ti-Kano ha sido drogado —afirmó Rona en tono tajante.

CAPÍTULO X

El hombre se acercó subrepticiamente a la casa de las ventanas iluminadas. Alcanzó una de ellas y miró a través del vidrio.

El doctor Peters estaba inclinado sobre su microscopio. De cuando en cuando, se separaba de los oculares y trazaba algunas líneas sobre un cuaderno que tenía junto a sí.

Transcurrieron unos minutos. El individuo, sin hacer el menor ruido, levantó el bastidor de la ventana y lo dejó fijo. A continuación, sacó algo del bolsillo: una esfera de unos seis o siete centímetros de diámetro, con un diminuto gancho en un punto de su superficie.

El índice del sujeto pasó por el gancho, pero no llegó a dar el tirón que hubiera liberado el seguro de la bomba. Algo puntiagudo se apoyó en su espalda, cubierta solamente por una simple camisa.

— Si haces un solo movimiento más, te perforo por completo — sonó amenazadora la voz de Juan Aldaz.

El hombre se puso a sudar en el acto.

—No… no empujes —pidió.

Aldaz alargó la mano izquierda.

—Dame eso —ordenó.

La bomba cambió de dueño.

—Vuélvete —dijo Aldaz.

El otro obedeció. Aldaz tuvo que esforzarse para contener una exclamación.

—Rim Leads —masculló—. Vago, borracho y ladrón —añadió, furioso—. ¿Cuánto te han pagado por liquidar al doctor?

Leads vaciló.

—¿No… no me harán nada si te lo digo, Juan?— consultó.

—Creo que nos contentaremos con expulsarte de Hamadú —respondió Aldaz—. Vamos, suéltalo ya.

Leads se llenó los pulmones de aire. Repentinamente, sin previo aviso, desvió el machete con el brazo izquierdo, a la vez que disparaba el derecho.

La acción de Leads halló desprevenido a Aldaz, quien cayó de espaldas, con los pies por alto. Leads echó a correr a toda velocidad.

Pero no pudo dar una veintena de pasos. Algo sonó como una

cuerda de guitarra y una larga varilla de metal brilló en el aire una décima de segundo.

Leads tosió agónicamente. Corrió tres o cuatro pasos más y se desplomó de bruces.

Rona se acercó rápidamente a Aldaz. El colono se puso en pie, furioso.

—Ese tipo… me sorprendió… —dijo, quejoso.

—Está allí, Juan —indicó la nativa.

Los dos se aproximaron al caído. Aldaz meneó la cabeza segundos más tarde.

—Disparas con demasiada puntería, Rona — refunfuñó—. Leads era mucho más valioso con vida que no muerto.

—Lo siento —se disculpó ella—. Yo sólo trataba de herirle…

Aldaz le dio dos palmaditas en la espalda.

—No te enfades conmigo —pidió—. En medio de todo, no está mal; el doctor Peters puede seguir con sus análisis… ¡y ese bandido de Peatts se enterará así de que seguimos sus pasos constantemente!

* * *

Alguien trajo un sobre a Ross y el Jefe Total se dispuso en el acto a conocer su contenido. Los mensajes de su agencia de investigación en la Tierra acababan de llegar.

El primero se refería a Peatts y decía:

«Barry Lawrence Peatts, Abogado en ejercicio, cualificado para actuar en cualquier lugar del planeta. Perdió su patente en 2.327, acusado de perjurio y soborno al Tribunal. Se le considera implicado en el escándalo de la quiebra de la «Interstar Truck», considerada como fraudulenta, y de la cual era Consejero Financiero. Por todo ello, se le retiró la patente, prohibiéndosele el ejercicio de su profesión en la Tierra y planetas pertenecientes a la Confederación Solar.»

— ¡Buen pájaro! —calificó Ross con un gruñido. Y continuó la lectura, ahora con el segundo de los mensajes:

Dickinson Peter Hammuth, Doctor en Medicina, Doctor en

Ciencias Químicas, Analista e Investigador del Instituto Mundial Químico, descubridor de la "Psicotryne", desposeído de todos sus cargos por irregularidades administración fondos a su cargo y violación secreto profesional. Se le demostró haber pasado informes actividades I.M.Q. a la compañía química Growner, filial "Interstar Truck".

—¡Vaya pareja de sinvergüenzas!— murmuró Ross.

Ahora ya conocía la relación existente entre el abogado y el difunto Hammuth. Pero el antiguo analista había cometido un gravísimo error al seguir en su alianza con Peatts.

El error le había costado la vida.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Pase!— dijo Ross.

El doctor Peters entró en la sala.

—Tiene usted cara de sueño, «doc» —sonrió Ross—. Le haré café…

—No, gracias; prefiero irme a dormir en seguida. Pero no puedo hacerlo sin informarle del resultado de mi análisis.

Lita se asomó en aquel momento por la puerta.

—¿Estorbo?— consultó.

—Claro que no —dijo Ross—. Entre, por favor.

—Gracias, Ed. Hola, doctor —saludó la chica.

—¿Qué tal, Lita? —contestó Peters—. Bueno, jefe, tiene que saberlo. Había rastros de «psicotryne» en la sangre que me enviaron para analizar.

—¡«Psicotryne»!— repitió Ross, atónito.

—Seguro. Ésa es la ventaja, pero también la desventaja de la droga. Sus efectos duran largo tiempo, no cabe duda de ello; sin embargo, para durar, debe permanecer también en el organismo y entonces es cuando se la puede descubrir.

—Comprendo —dijo Ross—. ¿Cuál es el tiempo de permanencia de la «psicotryne» en el organismo?

—Depende de la constitución peculiar de cada cual, pero nunca menos de seis meses. En algunos casos, dura incluso más de un año.

—¿Y sus efectos?

—Sometimiento de la voluntad del paciente al que administra la droga, pero sólo en un punto determinado: el deseado por el que ha

propinado la «psicotryne». En todo lo demás, el paciente actúa y se comporta con absoluta normalidad.

—Gracias, doctor —dijo Ross; —. Envíeme la nota de sus honorarios.

—Después de dormir —bostezó Peters—. Los preparativos para la detección de la droga son más largos que el examen en sí de las muestras y eso es lo que me ha tenido en pie toda la noche. Buenos días a los dos.

Ross y Lita se quedaron a solas.

—¿Qué opina usted?— preguntó él.

—Después de lo que ha dicho el doctor Peters, el asunto está ya tan claro como el agua, Ed —contestó Lita—, Peatts drogó a Ti-Kano e imbuyó en su mente la idea contraria a la integración. Como eso sucedió hace pocos días, resulta obvio que Ti-Kano continuará pensando negativamente en ese sentido, durante seis meses por lo menos.

Ross se quedó muy preocupado, porque sabía que las palabras de la muchacha reflejaban la verdad.

—Y mí entrevista con el Secretario General de la Pentalianza, a fin de concretar los términos de la integración, debe efectuarse dentro de cuatro semanas —murmuró —Es de esperar que las condiciones sean favorables, en cuyo caso se podría firmar el tratado casi de inmediato.

—Siempre que no haya oposición en Hamadú —dijo Lita—. Los Hokos están indecisos y Ti-Kano arrastrará a un buen número de nativos.

—Personalmente, casi estoy seguro de que los Hokos favorecerán mi propósito. Pero ¿qué pasaría si alguien aplicase a Dun'l una dosis de «psicotryne», como le ha sucedido a Ti-Kano?

Lita se estremeció.

—Es preferible no pensarlo, Ed —contestó.

—Todo lo contrario: hay que pensar, y mucho, en esa posibilidad, y actuar en consecuencia para evitar que se produzca —dijo Ross.

—Sí pero, ¿qué hará en tal caso, Ed? —preguntó la muchacha.

Los dedos de Ross tabalearon sobre su mesa de trabajo.

—Sólo hay una solución —contestó.

* * *

—He oído decir que se va de viaje, jefe —dijo Jess Haray, mientras ponía un vaso lleno frente a su cliente.

—Es cierto —admitió Ross—. Mañana mismo salgo hacia Hwalur.

Peatts arqueó las cejas al escuchar aquellas palabras.

—¿Me permite, jefe?— solicitó.

Ross se volvió sonriendo hacia el abogado.

—A su disposición, señor Peatts —contestó.

—Tenía entendido que su entrevista con el secretario general de la Pentalianza iba a Celebrarse dentro de algunas semanas —manifestó Peatts.

—Es cierto, abogado. Sin embargo, el Honorable Jub-Teun me ha rogado anticipe la entrevista, debido a que, en las fechas anteriormente acordadas, tendrá un programa muy apretado y no podría atenderme con la extensión necesaria. Y, como a fin de cuentas, a mí lo mismo me da una semana antes que después…

—Comprendo —sonrió Peatts—. Sin embargo, no he visto ninguna nave espacial en el astropuerto.

—Jub-Teun ha tenido la delicada atención en enviarme su espacioyate privado. Llegará mañana y zarparemos de inmediato.

—Ah, qué gran cosa es ser Jefe Total —dijo el abogado, con notorio énfasis—. Eso permite, en ocasiones, disfrutar de ciertas ventajas negada al común de los mortales.

—Sin embargo, el empleo de Jefe Total tiene también sus desventajas. Es preciso pensar mucho… y ello implica una partida especial en el capítulo de gastos.

—¿Reforzantes para el cerebro?

—No, aspirinas.

Haray y algunos estallaron en carcajadas. Peatts se puso colorado.

—Muy ingenioso, jefe —dijo, disimulando la irritación que sentía—. Pero Hamadú no es planeta que dé muchos quebraderos de cabeza, al menos, visto con los ojos de un hombre corriente.

—Algunos ansían esos quebraderos de cabeza, sin duda para no tener otros —contestó Ross—. Abogado, le traeré un «souvenir» de Hwalur.

—Lo apreciaré como se debe, jefe —aseguró Peatts no menos cortésmente que su interlocutor.

CAPÍTULO XI

El honorable Jub-Teun se paseaba despacio por la espaciosa sala en que conversaba con su huésped. Jub-Teun parecía preocupado.

—Si todo lo que me ha contado es cierto, podría hablarse de una conspiración para arrebatarle a usted el cargo —dijo, tras unos momentos de hondas reflexiones.

—La conspiración resulta de la unión de varias personas, señor. En el presente caso, es sólo una la que desea mi destitución, porque, con ello continuará manteniendo a Hamadú en una ficticia y perjudicial independencia.

—Nos conviene atraer a Hamadú a nuestra órbita de influencia —declaró Jub-Teun—. Es posible que usted lo ignore, puesto que es un asunto apenas discutido y menos divulgado, pero debe saber que la Coalición de los Trece también tiene puestas sus miradas en Hamadú. A ellos les gustaría que su planeta hiciese variar el nombre de su sistema y se llamase

Coalición de los Catorce. El decimocuarto planeta, por supuesto, sería Hamadú.

—Es la primera noticia que tengo sobre ese asunto, señor —confesó Ross—. El gobierno de los Trece no me ha hecho siquiera una insinuación al respecto y ni tan sólo ha enviado un mensajero para conocer mis puntos de vista sobre el particular.

Jub-Teun sonrió.

—¿Está seguro de ello, Jefe Ross?— preguntó.

—Supongo que no dudará usted, señor…

La mano derecha del secretario de la Pentalianza se alzó rápidamente.

—Jefe, ni por un momento dudaría de usted —aseguró—. Aquí estamos bien informados de todo lo que sucede en nuestro ámbito espacial, general y particularmente. A usted no le han dicho nada los Trece, pero apastaría a que sí han hecho proposiciones a otra persona.

—Me deja usted pasmado, señor. ¿Cómo es posible que los Trece hayan cometido semejante falta de cortesía diplomática? Los trece me reconocieron como Jefe Total…

—Lo cual no indica que siempre vayan a estar de acuerdo con el

hecho de que usted ocupe ese puesto —dijo Jub-Teun—. Usted no sería tan acomodaticio, caso de aliarse con ellos, como otro Jefe Total.

—Sí, pero ¿qué beneficios obtendrían con ello, señor? —quiso saber Ross.

—Aguarde un momento, por favor.

Jub-Teun caminó unos pasos y se acercó a una gran mesa de trabajo. Tocó un botón y una enorme pantalla se encendió al momento en la pared opuesta.

—Vea, jefe Ross —indicó a continuación— Ahí tiene una carta estelar del sector galáctico. Fíjese en que Hamadú está señalado de una manera particular. ¿Se le ocurre el significado de lo que ello representa?

—No, señor —confesó Ross.

—Las rutas del espacio, como consecuencia del descubrimiento de nuevos planetas, habitados y habitables, están sufriendo una rápida alteración en sus trayectorias— dijo Jub-Teun—. El centro de gravedad política y comercial de este sector de la Galaxia se desplaza lenta, pero irresistiblemente, en una dirección que podría considerarse como prolongación ideal del Polo Norte de la Tierra.

»Como consecuencia de tales descubrimientos, las órbitas de las astronaves de todo tipo sufrirán serias alteraciones. Tendrá que cambiar de rutas y de estaciones de transbordo, así como de lugares donde repostar en caso necesario, con todo el cambio que ello implica.

»Naturalmente, ello no sucederá mañana, ni tal vez pasado, quiero decir dentro de veinte o treinta años, pero en cincuenta, el cambio sí será total. Y entonces, Hamadú se encontrará en lo que se llama una encrucijada espacial. ¿Sabe usted lo que significa esa frase, jefe Ross?

El visitante asintió.

—Sí, señor —contestó.

—El problema de los viajes interestelares, en naves que vuelan a velocidades de cientos o miles de veces superiores a la de la luz, debido a la curvatura del espacio y a las características peculiares del continuo espacio-tiempo, sólo se ha podido resolver cuando se establecieron las bases especiales que se llaman de «rebote». Una nave zarpa de la Tierra con rumbo a Tryan XII, por ejemplo, pero

no puede hacer su viaje directo, sino que precisa acercarse a Elmuus 2, situada, más o menos, a mitad de camino, tomar marcaciones y «rebotar» para dar el segundo salto que la depositará en la órbita de aterrizaje en Tryan XII. Ahora ya lo comprende, ¿no es así?

—Cierto, señor.

—Pues bien, al desplazarse hacia el norte terrestre el centro de la actividad política y económica, Hamadú se encontrará justamente en la encrucijada donde convergerán decenas, por no exagerar y decir centenas, de rutas espaciales. Y las estaciones de marcación, orientación y detección que se instalen en la superficie de Hamadú, resultarán vitales para el tráfico interestelar, porque usted sabe perfectamente que toda nave que utiliza los servicios de una de esas estaciones paga el correspondiente peaje al propietario de la estación. Así está estipulado y no hay comandante de astronave que se niegue a pagar los derechos de demarcación, porque ello significaría su ruina, ya que ninguna otra estación especial le orientaría en el espacio, durante un viaje interestelar.

—Las cosas se van aclarando un poco, señor —dijo Ross con una gran sonrisa—. Se lo ruego, continúe con su interesante disertación.

—Ahora bien, si los Trece consiguen la adhesión de Hamadú, ellos dispondrán a su antojo de la encrucijada espacial y cobrarán el peaje al precio que se les antoje: o negarán la marcación a las naves cuyo tránsito les interese dificultar o impedir. Y ello sólo podrán conseguirlo como un jefe adicto y dócil a sus deseos. Un hombre de paja, en suma.

—El cual, como es lógico, percibirá unos pingües beneficios por plegarse al dictado de los Trece.

—Exactamente, y si un día se rebela, los Trece lo sustituirán por otro todavía más dócil. Eso es lo que nosotros queremos evitar, porque sabemos de su honestidad y rectitud, jefe Ross —concluyó el Honorable Jub-Teun.

* * *

Hubo una corta pausa de silencio, mientras Jub-Teun servía vino en sendas copas de plata ricamente labradas. Ross tomó unos sorbos y luego dijo:

—Están ustedes muy bien informados de las actividades de los

Trece, señor.

Jub-Teun sonrió.

—Una buena información es vital para la Pentalianza —contestó —. Hamadú, aliado con los Trece, nos causaría serios trastornos. Queremos evitarlos, simplemente.

—Me siento muy satisfecho de la confianza que han depositado en mí —dijo Ross—. No obstante, me gustaría conocer los beneficios que para mi planeta, además de los que resulten de convertirse en una encrucijada de rutas estelares, ha de recibir al integrarse en la Pentalianza.

—Querido jefe, Hamadú es un planeta todavía virgen —respondió el secretario—. Tiene inmensas riquezas sin explotar y ustedes necesitan desarrollar su sistema económico. Nosotros les ayudaremos poco menos que incondicionalmente con fondos, préstamos a largo plazo, maquinaria, técnicos, científicos y demás, aparte, naturalmente, de construir por nuestra cuenta las estaciones de marcación de viajes espaciales.

—Construirlas, mantenerlas y, durante cierto tiempo, abonar los honorarios, sueldos y emolumentos de los empleados.

Jub-Teun se echó a reír.

—Es usted un poco exigente, amigo mío, pero creo afirmar que la Pentalianza aceptará esa petición —dijo.

—Otra cosa: las estaciones serán de Hamadú y no habrá en ellas derecho de extraterritorialidad. No serán bases de nadie, sino de la Pentalianza, pero, tal como se establece en los términos del tratado que firmaron hace años los gobernantes de cinco planetas, toda persona residente en un determinado planeta debe acatar, además de las leyes generales de la Pentalianza, las particulares de dicho planeta. Los servidores de dichas estaciones se sujetarán, pues, a las leyes internas de Hamadú, en cuanto a los actos que realicen en su superficie. El sistema de gobierno de Hamadú es muy distinto del de los otros planetas y me disgustarían las fricciones con los extranjeros en el futuro.

—Aceptado —contestó Jub-Teun—. ¿Algo más, jefe Ross?

—Creo que lo que queda es ya cosa de procedimiento, detalles digamos protocolarios, además de, naturalmente, redactar el tratado y proceder a su firma en el momento adecuando. Por ahora, eso es todo, creo.

—Nuestra conversación ha sido grabada. Mañana la estudiarán nuestros expertos diplomáticos y emitirán su dictamen y sugerirán reformas o la simple aprobación, además de ocuparse de la redacción de estilo del tratado. ¿Cuándo regresa usted a Hamadú, jefe Ross?

—Mañana mismo, si no hay inconveniente, señor.

—Volverá en mi yate —sonrió el secretario.

Jub-Teun alargó la mano hacia el forastero.

— Bienvenido a la Pentalianza, jefe Ross —se despidió.

* * *

Hwalur era una hermosa ciudad, de largas y espaciosas calles, brillantemente iluminadas. Se respiraba progreso por todas partes.

Mientras caminaba sin prisas, de regreso al hotel en que se alojaba, Ross vio en el futuro una capital de Hamadú muy parecida a la ciudad en la que ahora se hallaba. Sería largo y tal vez sus nietos lo conocieran en todo su esplendor el notable avance que iba a experimentar Hamadú, pero alguno debía iniciar la tarea.

—Y alguien debe sacrificarse para que otros lo disfruten —murmuró, sin envidia de su actual situación.

El pueblo Hoko también sufriría una radical transformación en su actual género de existencia. Deberían cambiar, si no querían ser arrollados por el progreso. Ross confiaba en que Dun'l fuese lo suficientemente sensato como para aceptar la integración.

La demostración que le había hecho acerca de las áreas esquilmadas de vegetación, por un consumo de alimentos falto de método había impresionado a Dun'l considerablemente. Ross confiaba en que el jefe Hoko supiese también mirar hacia el futuro.

Algo interrumpió le pronto sus meditaciones.

—Hola —dijo una voz de mujer de dulces e insinuantes tonos.

Ross volvió la cabeza. Cubierta con un sucinto vestido, hecho de un tejido de escasa opacidad, una hermosa mujer, de exuberantes contornos y larga cabellera pajiza, le miraba con una amplia sonrisa en sus rojos labios.

—¿Forastero?— preguntó la mujer.

—Sí. Me llamo Ed Ross —contestó él.

—Taya —se presentó ella—. ¿Estás solo, supongo?

—Supones bien, Taya —sonrió Ross.

—Cuando dos personas, sobre todo, si son de distinto sexo, se sienten solos, ¿no parece lógico que se acompañen recíprocamente?

Ross contempló a la mujer durante unos instantes.

Era muy hermosa, en efecto. Y Hwalur gozaba fama de liberalidad en sus costumbres.

—¿Por qué no correr una aventurilla amorosa, que no dejaría rastros en tu ánimo?, se dijo.

—Me gustaría saber dónde vamos a consolarnos de nuestra soledad —dijo.

Taya alzó una mano. Un helitaxi descendió en el acto, su luz verdosa emitiendo los correspondientes destellos, que indicaban que el conductor había captado la llamada de su cliente.

—Ese helitaxi nos llevará al lugar adecuado —contestó ella.

Se acercó al vehículo, con gran contoneo de caderas, y entró en la portezuela que ya había abierto el conductor. Ross fue a seguirla y, en el mismo instante, Taya le enseñó una pistola.

—¿Verdad que te quedarás quietecito, mientras el conductor nos lleva a un lugar donde ya no echarás de menos tu soledad?— preguntó.

CAPÍTULO XII

Ross se quedó inmóvil durante unos segundos, inclinado ante la puerta, sin quitar los ojos del rostro de la mujer.

—Tengo prisa —dijo Taya, un tanto nerviosa—. Vamos, entra ya.

Ross tenía una de sus manos apoyadas en el borde del techo del vehículo.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Es que nos persigue alguien?— inquirió.

—No la haga esperar más o disparará —refunfuñó el conductor —. Entre de una vez, diablos.

—¿Agentes de la Coalición?— sugirió el forastero.

—Por última vez —intimó Taya—. Entre o disparo.

Ross continuaba sonriendo.

—Me parece que has cometido un error, Taya —dijo—. ¿No te has fijado en el helitaxi? Como todos los vehículos de su género, está movido por antigravedad, lo que significa que, para tomar un pasajero, se mantiene suspendido en el aire, a veinte centímetros del suelo.

—Y eso, ¿qué diablos significa?— preguntó ella, muy intrigada, a su pesar.

—Muy sencillo, que el helitaxi carece ahora de puntos de apoyo.

Y apenas había hablado, Ross pegó un tremendo empellón al vehículo, usando ambas manos.

Era un hombre de grandes fuerzas físicas y el helitaxi se bamboleó de forma alarmante. Su conductor y la pasajera rodaron por el interior, lanzando gritos de sorpresa.

El costado izquierdo del helitaxi chocó ruidosamente contra el pavimento, pero los estabilizadores lo hicieron volver a su posición inicial. Entonces, Ross tiró del vehículo en sentido inverso, a la vez que saltaba hacia atrás.

El tercer empujón, en el mismo sentido que el primero, lo volcó definitivamente, con el piso hacia arriba. Taya y su cómplice estaban mareados y aturdidos, incapaces de reaccionar.

De pronto, Ross oyó pasos rápidos en la acera.

Pistola en mano, un hombre corría hacia él. Ross saltó hacia

delante y rodó por el suelo, esquivando el primer disparo.

Alguien corrió en sentido opuesto. También estaba armado y disparó, pero lo hizo hacia el nuevo atacante, quien recibió el proyectil en el momento en que disparaba de nuevo.

El proyectil del atacante tomó un rumbo inesperado y alcanzó al volcado helitaxi, en cuyo interior, Taya y el conductor forcejeaban por escapar. Era un proyectil de alta penetración y alcanzó los generadores de antigravedad.

El blindaje saltó y un tremendo relámpago azulado brotó en el mismo instante. Dentro del coche se oyó un alarido aterrador.

Ross gateó y escapó como pudo del horno en que se había convertido el helitaxi. Su inesperado defensor, todavía pistola en mano, se le acercó.

—Le ruego dispense mi tardanza en ayudarle, señor —dijo—. Soy el capitán Thohun, de Seguridad, encargado de su escolta, jefe Ross.

A lo lejos se oían ya sirenas de alarma. Ross se mostró asombrado de las palabras de Thohun.

—Eso no lo sabía yo —declaró.

—Es una orden del Honorable Jub-Teun, señor —contestó Thohun—. Involuntariamente, me rezagué unos momentos…

Ross contempló el helitaxi, que era ya una masa de llamas azuladas.

—Parece ser que la Coalición tiene el brazo muy largo —comentó.

—En este caso, acaba de sufrir un buen corte —sonrió Thohun—. Y, permítame que se lo diga, jefe Ross, pero nunca había visto una demostración semejante de fuerza física.

—Oh, no tiene importancia —respondió el forastero—. Cualquiera puede hacerlo, capitán. El helitaxi estaba suspendido en el aire y ello facilitó mi tarea. Pruebe usted cualquier día y verá qué sencillo resulta.

—Es un truco que pondré en práctica cuando llegue el momento —aseguró Thohun—. Pero ahí viene ya la primera patrulla y voy a ver si soluciono las dificultades, para que no le molesten más, jefe Ross.

* * *

La llegada de Ross al astropuerto de Hamadú resultó impresionante.

Un pelotón de soldados descendió antes que él y formaron en dos filas, presentándole armas con el mejor de los estilos. Cuantos contemplaban la escena, se quedaron asombrados del espectáculo.

A continuación, Ross se despidió del comandante del espacioyate y del jefe de los soldados. Luego montó en el «graviscooter» que su fiel Rona le había llevado hasta el astropuerto.

Lita y Aldaz también habían ido a recibirle. Lita se esponjó al presenciar la llegada de Ross.

—Buenas noticias, jefe —supuso Aldaz.

—Si se llevan a cabo, lo serán, Juan —respondió Ross.

—La Pentalianza no le trataría así, de no considerarle ya como uno de los suyos —dijo Lita.

—Todavía no hemos cazado el oso, de modo que no vendamos la piel —contestó el recién llegado— Pero será mejor que vayamos a casa.

Aquella tarde, el abogado Peatts hizo un cáustico comentario en la cantina de Haray.

—En Hamadú hay quien se cree que la comida ya está puesta en la mesa, cuando ni siquiera se ha matado el cordero que debe ir al asador.

—El cordero está vivo y bien vivo y dudo mucho que se deje matar —declaró Ti-Kano rencorosamente.

—Puede que resulte un lobo en el momento adecuado —dijo Peatts.

—Y morderá entonces con toda la fuerza de sus colmillos —añadió el nativo.

Jess Haray se acodó en el mostrador y miró fijamente a Peatts.

—Abogado, hay muchos que se preguntan por su interés en contra de la integración —manifestó—. Ciertamente, es una manera lícita de pensar, pero nadie acaba de entender su actitud. Aquí, en Hamadú, no abundan los pleitos demasiado. Hamadú prosperaría, enormemente unido a la Pentalianza, y entonces sí se necesitarían abogados.

—Jess, usted toma como interés particular, lo que no es sino

interés por el futuro de Hamadú. Y a mí me parece que estaremos mejor independientes que no unidos a la Pentalianza. Por eso lucho y lucharé siempre contra el cambio del actual *status.*

—Eso sólo se lo creen cuatro idiotas cortos de luces —refunfuñó el padre de Lita.

—Jess, no me insulte —exclamó Ti-Kano, colérico—. Diga lo que quiera en contra de mis opiniones, pero evite los insultos o lo pasará muy mal.

—Lo siento —contestó Haray—. En lugar de decir cuatro idiotas, debí haber dicho cuatro tipos muy listos. ¿Satisfecho, Ti-Kano?

Sonaron algunas risitas. Ti-Kano puso la mano en el mango del machete que pendía de su cinturón, pero Peatts le contuvo agarrándolo por el brazo.

—Déjelo, amigo mío —aconsejó—. No vale la pena molestarse por los graznidos de un cuervo sin seso. Ahora se burla de nosotros, pero llegará el día en que nos agradezca haber mantenido la independencia de Hamadú.

—¡Ja, ja!— dijo Haray, pero no se reía.

* * *

Ross se enteró muy pronto del incidente de la cantina.

— De modo que Peatts dijo…

—Exactamente esto: «Haber mantenido la independencia de Hamadú» —repitió Lita, a quien su padre había contado el suceso.

—Diríase que está seguro de conseguirlo. Él no ha dicho: «Luchar por la independencia de Hamadú», sino que ha dado por sentado que la va a mantener. ¿Cómo, Lita?

La chica se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

Ross se acarició el mentón.

—Es probable que la «psicotryne» tenga mucho que ver con sus propósitos —dijo—. . Ahora bien, ¿cómo piensa administrar la droga a veintiséis millones de personas? Y, aunque lo consiguiera, ¿podría mantener eternamente ese estado de sometimiento?

—He vuelto a hablar con el doctor Roberts sobre el tema —declaró Lita—. El doctor asegura que un gramo de la droga, vaporizado, puede causar sus efectos en un espacio no menor de

cinco o seis kilómetros cúbicos.

Ross se quedó atónito al escuchar aquellas palabras.

—¿Eso ha dicho el doctor?— exclamó.

—Sí —contestó ella—. La «psicotryne», me ha explicado, puede administrarse de todas las maneras posibles: en la comida o en la bebida, mediante una inyección o simplemente respirando una atmósfera contaminada por esa droga. Podría decirse que es usa droga polivalente, ¿comprende?

—Desde luego —convino Ross—. Pero lo que usted acaba de decir es terriblemente preocupante.

—Si la droga se usa pulverizada en la atmósfera, sus efectos máximos alcanzan hasta unos mil metros de altura. A una cota superior, la menor presión atmosférica la hace prácticamente ineficiente, lo cual resultaría muy bueno, de no ser por el pequeño detalle que la «psicotryne» tiene una densidad ligeramente superior a la del aire, apenas una centésima por ciento más, pero lo suficiente para que sus vapores no lleguen a más de mil metros de altura.

—Es decir, con un kilo de la droga se pueden contaminar cinco mil kilómetros cúbicos de atmósfera.

—En efecto, Ross. Ahora, imagínese una tonelada de «psicotryne»… Mil millones de gramos… Mil millones de kilómetros cúbitos… una extensión muy similar a la de las zonas más habitadas de Hamadú.

Ross casi se sintió anonadado.

—Una tonelada de la droga puede encerrarse en un cajón de forma cúbica, que tenga un metro de lado —dijo.

—O en un cilindro de dos metros de largo y unos cincuenta o sesenta de diámetro… y si se cuentan una docena de recipientes, los resultados son, podrían ser, aterradores.

—Desde luego —admitió Ross—. Pero ¿cómo va a llegar la droga a Hamadú? Porque la que se propinó a Ti-Kano, es decir una dosis pequeñísima pudo haber llegado con toda facilidad. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de cinco o seis toneladas.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que el mensaje cifrado a Julius Logan tenga algo que ver con el envío de varias toneladas de «psicotryne», Ed?

—Claro. —Ross chasqueó los dedos—. Ese es el «quid» del

problema; la próxima astronave, traerá la droga, pero ¿cómo va a distribuirla, Lita?

La muchacha se quedó silenciosa unos momentos.

Antes de que pudiera hablar, se abrió la puerta y Rona y Aldaz asomaron en el umbral.

—¿Nos necesitas, jefe?— preguntó la bella nativa.

—Por ahora, no —contestó Ross—. ¿Es que pensáis ir a alguna parte?

Rona se ruborizó.

—Juan quiere aprender el manejo del arco —declaró.

—Y hemos pensado que una excursión de caza durante un par de días me proporcionaría una excelente práctica —añadió Aldaz, sonriendo de oreja a oreja.

—Las cosas están tranquilas ahora… —dijo Rona.

—No hay inconveniente. A ver si traen una buena pierna de venado; los de Hamadú tienen una carne exquisita —sonrió Ross.

—Cuente con ella, jefe —exclamó Aldaz, entusiasmado.

Ross y Lita se quedaron a solas nuevamente.

—Estábamos hablando de la «psicotryne» y del modo de esparcirla por la atmósfera del planeta —dijo.

—Sí, pero creo que mejor sería empezar a idear el modo de localizar y decomisar el cargamento de «psicotryne» que, sin duda, trae la próxima astronave procedente de la Tierra —sugirió la muchacha.

CAPÍTULO XIII

La excursión había resultado fructífera. Dos flechas, disparadas sucesivamente por Aldaz y Rona, habían abatido una magnifica pieza, parte de cuya carne se asaba ahora en una hoguera, encendida por el colono.

—Me gusta esta vida —dijo Aldaz poco después, mientras cortaba con su cuchillo de caza una larga tira de carne ya asada.

—¿No estabas a gusto en la Tierra?— preguntó Rona.

—Sí, pero… Demasiada civilización, no sé si me entenderás. Está bien, desde luego; la gente, la masa media, quiere seguridad, paz y tranquilidad y todo ello no se consigue sin una rígida reglamentación. Yo me sentía ya muy fatigado de aquel género de vida y por eso me vine a Hamadú, a vivir tal vez con menos comodidades, pero con mayores estímulos para conseguir lo que se necesita.

«Ya ves —continuó el terrestre—, nosotros hemos tenido caza sin más que caminar unos cuantos kilómetros y tirar contra la primera pieza que nos ha salido en el camino. En la Tierra, hoy, un plato de esta carne no tendría precio… y nosotros podemos comer toda la que queramos, hasta hartarnos, de una forma totalmente gratuita.

—Pero un día, Hamadú será como hoy es tu planeta, Juan — vaticinó la nativa.

Aldaz hizo un gesto con la mano.

—Ni los nietos de tus biznietos conocerán un estado de cosas semejante —contestó—. Por cierto, tú eres soltera, creo.

—¡Qué cosas dices!— se sonrojó ella.

—Yo estuve casado una vez, Rona.

—Eso no me lo habías dicho hasta ahora, Juan

—se sorprendió la nativa.

—No es cosa de la que me sienta especialmente orgulloso — contestó Aldaz—. Ella me dejó primero y luego se divorció. A veces se cometen errores de ese calibre, pero no lo siento en absoluto, créeme.

Aldaz, satisfecho el estómago, se tendió de espaldas y puso la cabeza sobre sus manos. Sobre ellos, brillaban las estrellas. La

hoguera emitía ahora un resplandor mortecino y su calor no era necesario, dada la excelente temperatura de la noche hamadunita.

—Pero el hombre no puede vivir solo eternamente

—añadió—. Necesita compañía, Rona. Y la mujer también, claro.

Aldaz volvió la cabeza. Rona le contemplaba con una expresión singular en su bello rostro.

La mano de Aldaz asió uno de los brazos de Rona y tiró de ella hacia sí. Rona se dejó atraer sin resistencia y los labios de ambos se fundieron en un beso de volcánica pasión.

Transcurrieron algunos minutos en completo silencio. Luego, Rona acarició una de las mejillas de Aldaz.

—Temo que, a partir de ahora, no podremos vivir el uno sin el otro —murmuró.

—Cariño, acabas de decir una verdad tan grande como este planeta —sonrió Aldaz—. ¿Tienes padres? Porque, si es así, tendré que pedirles tu mano…

La de Rona se posó repentinamente sobre su boca.

—¡Calla!— susurró—. Viene alguien.

Aldaz se sobresaltó. Una gigantesca masa oscura descendía de lo alto en medio de un silencio absoluto.

—¿Una nave interestelar?— dijo Aldaz, enormemente sorprendido.

* * *

La astronave tenía forma esférica y tomó tierra sin la menor dificultad. Aldaz y Rona gatearon entre la vegetación y se situaron tras unos arbustos, a muy corta distancia de la astronave llegada subrepticiamente.

Una de las tres lunas del planeta salió en aquel momento y su luz llegó a la esférica estructura de la astronave. Rona estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa al ver pintada sobre el metal la insignia de la Coalición de los Trece: una banda ondulante, dorada, con trece discos rojos en hilera.

Unos cuantos individuos salieron de la astronave y se pusieron a trabajar inmediatamente. Se abrió una gran escotilla y un vehículo, que Aldaz estimó era una astronave apta solamente para vuelos

interplanetarios, salió al exterior, tripulada por un par de individuos.

La segunda nave quedó en el suelo. Tenía unos veinte metros de largo, por seis o siete de ancho y su forma era aproximadamente ahusada. También, estimó Aldaz, podía ser usada sin dificultad para vuelos subatmosféricos.

Los tripulantes de la nave esférica trabajaban con gran rapidez, como si se hubieran entrenado de antemano. Varios de ellos acoplaron a la segunda nave dos largos tubos, de unos diez centímetros de diámetro, por siete metros de longitud cada uno, colocándolos a ambos lados del fuselaje. Comprobaron conexiones y empalmes y, al terminar, se dieron prisa en cubrir la astronave con ramaje.

Minutos después, volvieron a la nave grande, la que partió de inmediato, sin hacer el menor ruido. A los pocos momentos, Aldaz y Rona volvían a quedarse solos.

—Juan, ¿para qué han dejado esos hombres la nave? —preguntó la nativa.

—No lo sé, aunque me lo imagino —respondió Aldaz—. Los tubos que le han acoplado me recuerdan demasiado a los que llevan en la Tierra los aeromóviles que desinfectan los sembrados desde el aire. ¡Vamos a ver, Rona!

Echaron a andar y separaron los ramajes. Entrar en la astronave no les resultó demasiado difícil.

Aldaz examinó los instrumentos. Pronto pudo darse cuenta de que se trataba de un aparato bastante común, con objeto de que pudiera ser manejado por cualquiera que poseyera unos conocimientos mínimos.

Aldaz hizo una revisión a fondo del aparato. No tardó mucho en hacer un descubrimiento sensacional.

—Rona — dijo—, esto lo tiene que saber el jefe Ross inmediatamente —exclamó.

La nativa asintió.

—De acuerdo, pero uno de los dos debiera quedarse aquí, vigilando la nave —contestó.

—Ve tú —indicó Aldaz—. Yo me quedaré.

* * *

Los dos hombres estaban sentados frente a Ti-Kano. El nativo contemplaba a sus visitantes con rostro impasible.

—Ti-Kano, ¿tú confías en mí? —preguntó Ross.

—Nunca he dudado de tu palabra, jefe —respondió el nativo—. Pero en lo referente a la integración con la Pentalianza…

—Hablaremos luego de este tema —cortó Ross—. Tú confías en mí y yo confío en el doctor Peters. Por tanto, tú debes confiar también en él, ¿no es cierto?

—Así es —admitió Ti-Kano—. No tengo por qué dudar de ninguno de los dos, si bien es necesario que ambos admitan y respeten mis opiniones.

—Sobre eso, no hay duda alguna —respondió Ross—. Ahora bien, tu opinión contraria a la Pentalianza, ¿ha sido emitida en un normal estado de tu mente?

Ti-Kano se sobresaltó.

—Jefe Ross, no irás a decirme que estoy loco —gruñó en tono malhumorado.

—Loco, no, por supuesto, pero… Doctor, dígaselo usted —pidió el Jefe Total.

—Ti-Kano, ¿ha oído usted hablar de la droga llamada «psicotryne»? —preguntó el galeno.

—No, nunca.

—Le explicaré cuáles son sus efectos, Ti-Kano.

Roberts habló durante algunos minutos. Al terminar, Ti-Kano lanzó una exclamación:

—¡Eso no es posible! ¡Nadie me ha…!

Pero se cortó de repente, quedándose muy preocupado, cosa que no dejaron de observar los visitantes.

—¿Y bien?— dijo Ross—. ¿Desde cuándo te sientes contrario a la idea de la unión con la Pentalianza?

Ti-Kano frunció el ceño.

—Ocurrió hace bastantes días —contestó—. Tomé una copa con un tipo llamado Roy Burnett… Muy amable, por cierto. Comentamos el tema… y yo recuerdo que Burnett era también contrario a la integración. Al terminar nuestra charla, yo me mostré enteramente de acuerdo con sus ideas.

Ross y Roberts intercambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Lo conoce usted, doctor?— preguntó Ross, refiriéndose a Burnett.

—Tengo entendido de que es bastante amigo de Peatts, pero no sé decirle más, jefe —respondió el galeno.

Ross se puso en pie.

—Voy a hablar con Burnett —manifestó—. Gracias por habernos recibido, Ti-Kano.

—Le acompañaré, jefe —manifestó Peters—. Me interesa mucho saber cómo se las arregló Burnett para drogar a Ti-Kano y, más todavía, ver si tiene alguna muestra de «psicotryne».

* * *

Roy Burnett era un sujeto alto, de rostro sanguíneo y expresión altanera. Cuando los dos hombres le expusieron los motivos de su visita, se echó a reír descaradamente.

—Están locos —les apostrofó—. ¿De dónde se me iba a mí a ocurrir la idea de drogar a ese sucio nativo?

—Las pruebas le acusan, Burnett —dijo Ross, impasible.

—¿Qué pruebas? Sólo la palabra de un tipo medio loco…

—Como quiera, Burnett, pero yo voy a encontrar esas pruebas.

Hubo un momento de silencio. Burnett perdió buena parte de su color sanguíneo.

—¿Trata de decirme que va a registrar mi casa?— pregunto al cabo.

—Sí, justamente, eso es lo que voy a hacer —confirmó Ross.

Y, sin más, echó a andar hacia el interior de la cabaña, grande, espaciosa y construida con bastante buen gusto, pero, apenas había dado una docena de pasos, oyó una voz a sus espaldas:

—Jefe Ross, salga inmediatamente de mi casa o dispararé.

Ross se volvió de inmediato, enormemente sorprendido por la acción del sujeto. Hizo un esfuerzo por contenerse y dijo:

—Usted conoce las leyes de Hamadú. Tengo derecho a registrar su casa, Burnett.

—Sus leyes me importan un rábano —contestó el otro brutalmente—. ¡Fuera, fuera de mi casa!

—Burnett, desde ahora le anuncio que será expulsado de Hamadú, en la próxima astronave que llegue de la Tierra.

Burnett rió desafiante.

—Quizá sea usted el expulsado, Ross —dijo.

—Y usted, naturalmente, formará parte del selecto grupo de amigos de Peatts, quien tiene sus propios puntos de vista sobre el futuro gobierno del planeta, ¿no es así?

Las palabras de Ross hicieron blanco. El rostro de Burnett se congestionó.

—Maldita sea, le voy a…

El doctor Peters temió algo y se interpuso, a la vez que extendía sus brazos.

—Cuidado, Burnett…

Pero no pudo continuar; el tiro salía en aquel momento y Peters se desplomó al suelo.

Burnett se desconcertó momentáneamente, lo que aprovechó Ross para saltar sobre el individuo y molerlo a golpes. Al cabo de unos segundos, Burnett se desplomó al suelo sin conocimiento.

Entonces, Ross se inclinó sobre Peters. El galeno hizo un esfuerzo por sonreír.

—Creo que sólo tengo el hombro atravesado —dijo—. Llame a mi colega Harmon; él me atenderá debidamente.

—Sí, doctor.

—Y luego registre la casa —indicó Peters—; por alguna parte encontrará una buena dosis de «psicotryne».

CAPÍTULO XIV

Los ojos de Lita brillaron de placer al reconocer a su nuevo cliente. Ross se acercó al mostrador y miró sonriente a la muchacha.

—¿Qué le pongo de beber, Ed?— consultó ella.

—Algo que me quite cierta idea de la cabeza, Lita —respondió Ross.

—¿Alguna obsesión, tal vez?

—En cierto modo. He estado pensando mucho y… bueno, no tengo vocación de solitario. Un día u otro tendré que buscar compañía… ¿No me aconseja usted sobre el particular?

Lita empezó a trazar círculos con el índice sobre el mostrador.

—Si le diera un consejo, tal como yo estimo debe ser, usted pensaría que era demasiado interesado —contestó.

—Si no me lo da, no podré calificarlo, Lita —sonrió él.

—Bueno, pues el consejo es…

Lita se puso seria de repente. Ross se dio cuenta de que miraba hacia la entrada y volvió la cabeza.

Acompañado de dos individuos, Peatts se acercaba al mostrador en aquellos momentos. El abogado se mostró amable con la pareja.

—Hola, jefe Ross —saludó—. ¿Qué tal, Lita? Sírvenos de beber, por favor. Al jefe Ross también, por supuesto; lo que él quiera.

—Gracias, abogado —contestó el aludido—. ¿No conoce usted las últimas noticias?

Peatts arqueó las cejas.

—No —confesó—. Acabo de volver del país de los Hokos. He estado hablando con el jefe Dun'l.

—Un acto propagandístico, tal vez —apuntó Ross.

—¿Por qué negarlo? Tengo pleno derecho a ello, creo.

—Nadie le estorbará el derecho a expresar libremente su opinión, ni tampoco a conseguir prosélitos; ego es algo que se permite a todos en Hamadú. Lo que ya no es tan seguro es que consiga que Dun'l acepte sus tesis contrarias a la integración.

Peatts sonrió con suficiencia.

—Sólo necesitamos que fije usted el día de la votación —contestó—. Puede que entonces se lleve una sorpresa.

—Precisamente estoy esperando la nave de la Tierra, que llegará

uno de estos días —dijo Ross—. Hace tiempo que encargué unas cuantas máquinas de votar, con el fin de tenerlas prevenidas no sólo para este caso, sino para otras ocasiones necesarias. Usted conoce, creo, el funcionamiento dé esas máquinas.

—Sí —convino el abogado—. Se apoya la mano derecha en una pequeña plataforma, constantemente esterilizada por rayos ultravioleta. Una computadora especial, muy rápida, registra y analiza en fracciones de segundo las huellas dactilares y palmares del votante. Si éste no ha votado antes, se enciende una luz verde y entonces mueve una de las dos palancas que tiene a su disposición, con los indicativos SI y NO. La máquina contabiliza también los votos, desde luego, tanto favorables como los negativos. Pero si el votante trata de repetir su acción, la luz roja que se enciende advierte a los comisarios de su tentativa de fraude e incluso, no haya comisarios, la máquina se niega a aceptar un voto ya emitido.

—Una descripción muy acertada de la máquina de votar —dijo Ross—. Usted la utilizará, por supuesto, pero no uno de sus amigos.

—¿De quién se trata, por favor?— preguntó Peatts.

—Se llama Roy Burnett. Está preso, acusado de agresión, lesiones y posesión de una droga prohibida, llamada «psicotryne». Será expulsado del planeta cuando llegue la nave de la Tierra.

La cara de Peatts adquirió la blancura de la nieve. Lita captó el detalle y ello la persuadió por completo de la culpabilidad del abogado.

—Burnett es amigo mío, en efecto —admitió Peatts—. Sin embargo, me permitirá defenderle en el juicio…

—No habrá juicio, porque él se ha negado a colaborar conmigo, diciéndome de dónde obtuvo la «psicotryne». En tal caso, yo me hubiera sentido inclinado a la benevolencia, pero vista su actitud, no me queda otro remedio que expulsarle.

—De modo que si él dice cómo obtuvo la droga, usted…

—Tendría que prometer una declaración pública, en el juicio, pero se niega obstinadamente. Si cambia de actitud de aquí a tres días, que es cuando llega la nave, yo también mudaré de forma de pensar hacia él.

—Entiendo. ¿Puedo hablar con Burnett, a fin de conocer su punto de vista sobre lo ocurrido?

—Claro —accedió Ross sonriendo.

—Muy bien, iré ahora mismo. Ah, una última pregunta, jefe Ross.

—Diga, abogado.

—¿Cuándo se celebrará la votación?

—Las máquinas estarán instaladas al día siguiente de su llegada. La votación dará comienzo de inmediato, pero durará bastantes días, como puede comprender.

—Gracias, jefe.

Peatts se marchó rápidamente. Sus acompañantes quedaron allí todavía un rato y luego acabaron por irse también.

—Lo ha derrotado, Ed —dijo Lita más tarde.

—Todavía no está vencido —murmuró Ross.

—¿Lo cree así?

—Es un enemigo peligroso, Lita.

—Sí, desde luego. Pero hay una cosa que me intriga —dijo ella de pronto.

—¿Qué es, Lita?

—Las máquinas de votar… Uno puede ir a una máquina una vez, pero ya no puede volver. Luego, sin embargo, puede votar en otra…

—No, porque todas están conectadas a una misma computadora memorística-analítica, que hace imposible los fraudes. Voto que se emite, voto que queda registrado indeleblemente hasta el cómputo final y publicación de resultados, en cuyo momento, si se necesita, las máquinas se ponen nuevamente en situación de acoger otra consulta electoral.

* * *

La cárcel de Hamadú era un gran edificio cuyo objetivo primitivo no había sido precisamente el de contener presos. Sólo se había transformado en cárcel a partir de la arribada de colonos al planeta.

Aun así, únicamente parte de la planta baja era destinada a tal fin. En realidad, pocas veces había presos. A Ross no le había gustado tener que recurrir a semejantes métodos, pero entre los colonos había tipos de todas clases. La mayoría de los presos, sin embargo, permanecían en ella el tiempo justo para esperar la

llegada de la nave correo que enlazaba a Hamadú con la Tierra. Ross solía contentarse con expulsar a los levantiscos e indeseables.

Pero el caso de Burnett era distinto. Si Burnett hablaba, tendría una importantísima baza en contra de Peatts. Y nadie podría alegar entonces que la expulsión del abogado sería una medida arbitraria.

Alguien se acercó subrepticiamente a la cárcel, aprovechando las sombras de la noche. El individuo miraba sin cesar a derecha e izquierda, como si temiera ser sorprendido.

Pero no había nadie en las inmediaciones. Al cabo de unos momentos, se acercó a una ventana enrejada y emisión un débil siseo.

Detrás del sujeto, alguien dijo:

— Es inútil que llame, amigo, Burnett ya no está ahí.

El individuo se sobresaltó terriblemente. Permaneció un .momento indeciso y luego se volvió con fulgurante rapidez.

Pero, aun así, fue más lento que el puño derecho de Ross. El sujeto se desplomó al instante.

Ross se inclinó sobre el caído. En aquel momento, oyó pasos en las cercanías y se enderezó, retirándose de un salto a lugar seguro.

—Ed, Ed —sonó la ansiosa voz de Lita Haray.

—¡Lita!— exclamó él, vivamente sorprendido—. ¿Qué hace usted aquí?

La muchacha corrió hacia Ross. De pronto, vio al caído y se estremeció.

Elia sonrió.

—Creo que lo mismo que usted, Ed —respondió.

—Entiendo. Temía por la vida de Burnett.

—Justamente.

—Burnett está en lugar seguro —dijo Ross—. Como lo estará este pájaro dentro de pocos momentos.

Lita se inclinó sobre el caído.

—Es Ben Deauter —lo identificó.

—¿Lo conocía usted?

—Sí, un indeseable. Claro, como todo amigo de Peatts.

Ross meneó la cabeza.

—Lita, en Hamadú no viviremos tranquilos hasta que Peatts se haya largado de aquí —aseguró

—Usted podría expulsarlo y ninguna persona decente se lo

reprocharía, Ed —dijo Lita con vehemencia.

—Prefiero hacer las cosas en regla, que nadie tenga luego que formularme reproches. Entonces, los motivos de la expulsión de Peatts no sólo estarán claros, sino que quedarán sobradamente justificados.

—Entiendo —musitó ella.

—Vamos —dijo Ross de pronto—: ya no podemos perder más tiempo.

Se inclinó, cargó al caído sobre sus hombros y echó a andar.

Lita se situó a su lado.

—Ed, encuentro extraño que Rona y Aldaz no estén con usted —dijo.

—Tienen otra cosa que hacer, pero, de tedas formas, ¿no la tengo a usted a mi lado? —sonrió Ross.

Un brillo de satisfacción apareció en las pupilas de la joven.

—De eso no cabe duda, Ed —contestó.

* * *

El jefe Dun'l dormía apaciblemente, en la postura usual de los Hokos, sentado sobre sus cuartos traseros y la cabeza hundida en el pecho, cuando, de pronto, un algo parecido a un trueno le despertó sobresaltado.

Dun'l alzó la cabeza de inmediato. El trueno no era sino una enorme voz, que brotaba a través de grandes amplificadores, y que pronunciaba frases en su idioma:

—¡Votad no! ¡No a la integración en la Pentalianza! ¡Vuestro voto debe ser negativo! Delante de la máquina de votar, todo Hoko debe mover la palanca señalada con las dos letras de la palabra ¡NO! ¡Votad NO! ¡VOTAD NO! ¡VOTAD NO! ¡NOOOOO…!

La voz se alejó paulatinamente, aunque sin dejar de repetir las mismas o parecidas frases. A los pocos momentos, Dun'l percibió en su sensible epidermis un leve aumento de la humedad ambiental, como si lloviesen gotas microscópicas de agua.

Pero el cielo estaba estrellado y no había una sola nube en cuanto alcanzaba su vista.

A Dun'l le preocupó el extraño suceso. Tendría que pedir explicaciones a su amigo el jefe Ross, se dijo.

Mientras, Juan Aldaz y Rona se hallaban a bastantes kilómetros de aquel lugar, en las cercanías de la linde del país Hoko. Aldaz y Rona aguardaban pacientemente.

Poco antes del amanecer, pero todavía de noche cerrada, un aeromóvil hizo acto de presencia en aquel lugar. El vehículo descendió lentamente y, una vez posado en el suelo, dos hombres salieron de su interior y se dispusieron a cubrirlo con ramajes.

Entonces sonó, tranquila e irónica, la voz de Aldaz:

—Hola, amigos. ¿Ha tenido éxito la pesca de votos?

Los dos sujetos se revolvieron velozmente, muy sorprendidos por la presencia de alguien a quien no esperaban en aquel lugar. Uno de ellos acercó su mano al lado derecho del cinturón, pero Aldaz le hizo una advertencia:

—Si en alguna ocasión has oído hablar del arco y las flechas de Rona y de su puntería, te quedarás quieto en el acto y dejarás esa pistola que llevas al cinto. Y si no has oído mencionar nada de eso… ¡saca la pistola!

—Quieto, tú —dijo el otro, atemorizado—. Esa mujer te mataría sin que te enterases siquiera de ello.

—Un consejo muy sensato —elogió Aldaz—. Lo que nunca me imaginé es que para conseguir más votos se necesitase irrigar el país de los Hokos con agua pulverizada.

—¡Qué agua ni qué…! Era…

Aldaz soltó una risita, a la vez que interrumpía al primero de los dos secuaces de Peatts.

—Era agua, amigos —confirmó—. En los tanques de ese aeromóvil no había ni un miligramo de «psicotryne».

Los dos sujetos se quedaron anonadados al oír las palabras de Aldaz. Después de unos instantes de silencio, Aldaz continuó:

—Ahora les explicaré cómo la «psicotryne» se transformó en agua. Después, charlaremos un rato sobre un tema muy interesante para todos.

CAPÍTULO XV

Ed Ross escuchó en silencio las declaraciones de Dun'l. Cuando el Hoko hubo terminado de hablar, Ross dijo:

—Yo no puedo forzar tu voluntad. La nave correo llega hoy. Mañana estarán ya instaladas las máquinas de votar. Tú ya conoces mi opinión sobre el particular y lo que sucederá cuando nos hayamos integrado en la Pentalianza. Eres tú quien debe aconsejar al pueblo Hoko sobre la decisión que se debe tomar en este asunto.

—Lo que han intentado hacer con nosotros no es ético —se quejó Dun'l.

—Pero eso no significa que debas votar sí —contestó Ross.

Dun'l se puso en pie.

—Te ruego estés presente cuando los Hokos empecemos a votar —dijo.

—No faltaré —aseguró Ross con grave acento.

Dun'l se marchó. Caminaba con paso pesado y torpe en apariencia, pero Ross sabía que, en caso necesario, podía vencer sin dificultad a un caballo al galope.

Rona asomó casi en el mismo momento.

—La nave correo está a la vista —anunció.

Ross se puso en pie de un salto.

—¡Vamos allá!— exclamó, satisfecho.

* * *

La sonrisa de Barry Peatts tenía un innegable aire burlón, cuando Ross, Aldaz y Rona salieron de la nave recién llegada de la Tierra. Había muchos curiosos contemplando la descarga de las mercancías transportadas; la arribada de una nave correo era siempre motivo de atracción en Hamadú.

—¿Han encontrado algo de particular, jefe Ross?— preguntó el abogado irónicamente—. Me dijeron que estaba practicando un registro a fondo de la astronave…

Ross le enseñó un grueso sobre que llevaba en sus manos.

—No hemos encontrado «psicotryne», si es a eso a lo que usted

se refiere —contestó—. Pero me han enviado unos informes muy detallados de sus actividades en la Tierra. No le dejan muy bien parado, créame.

Peatts dejó de sonreír.

—A ningún colono se le pregunta en Hamadú por su pasado, siempre que se porte bien —dijo.

—Exacto, siempre que se porte bien. Pero cuando su comportamiento no es correcto, entonces resulta interesante conocer sus antecedentes.

—¿Quiere decir que mi comportamiento no es…?

—Mañana, a las nueve en punto, estarán instaladas las máquinas de votar —cortó Ross fríamente—. Usted ha hecho una intensa propaganda en contra de la integración. Creo que le resultará conveniente apreciar los resultados de tal propaganda. Buenos días, abogado.

Peatts quedó en el mismo sitio, irritado y desconcertado. Tenía la sensación de que Ross preparaba un contragolpe, pero ¿cómo y en qué forma?

Burnett y Deauter habían desaparecido y su paradero le era desconocido por completo. ¿Habían muerto?

Podían haber hablado antes de morir, pero sus declaraciones, en todo caso, no estarían apoyadas por pruebas. Y lo más importante, la negativa de los Hokos, superiores a los nativos en número, estaba ya asegurada.

Ganaría la votación y pediría la destitución de Ross. Luego…

Un rosado porvenir, en el que, en primer término figuraba un cuerno de la abundancia, derramando cascadas de áureas monedas, figuraba en sus sueños. Pero eso no era todo.

Más adelante, Hamadú formaría parte de la Coalición. Él sería considerado jefe de Estado planetario. Un personaje importante, sin duda, con honores, prebendas…

—Sí, un porvenir de oro —se dijo, mientras avanzaba al encuentro de un viejo conocido, llegado en la nave procedente de la Tierra.

Los dos hombres se estrecharon las manos con fuerza.

—¿Cómo marchan las cosas por aquí, Barry? — preguntó Julius Logan, vicepresidente de la *Interplanetary Chemical.*

Peatts sonrió, a la vez que juntaba el índice y el pulgar en

círculo:

— Viento en popa, Julius —contestó.

* * *

Las hileras de votantes, delante de las máquinas que registraban sus votos, eran interminables. Parecían perderse en el horizonte.

Hokos, colonos y nativos votaban sin discriminación. Llegaban ante su máquina, ponían la mano derecha en la plataforma de identificación automática y, una vez se sabía que no habían votado, movían una de las dos palancas, con las que podían expresar su opinión.

Dun'l llegó ante una máquina y movió la palanca señalada con las letras Sí. Miró a Ross un instante y luego continuó su camino.

Peatts estaba muy cerca, junto con Logan. El abogado se puso pálido.

Más Hokos votaron sí. La mayoría de los votantes, salvo algunos nativos recalcitrantes, votaban también en sentido afirmativo.

Logan frunció el ceño.

—Barry, tú me habías dicho que…

—Señor Logan, su amigo le ha engañado —intervino Ross—. No deliberadamente, claro, sino porque le dijo lo que él creía iba a suceder, más de acuerdo con sus deseos que con la realidad.

—No entiendo —dijo el vicepresidente de la I. Q.

— Es bien sencillo —contestó Ross—. El líquido con que dos tipos llamados Anderson y Lussati rociaron el país Hoko no era sino agua pura.

Peatts abrió la boca, estupefacto.

—Pero…

—Usted fue muy listo, abogado; sospechó que yo haría registrar la nave correo en busca de «psicotryne» y, previendo tal eventualidad, se puso en contacto con su amigo Logan, para que enviaran la droga a la capital de la Coalición, con cuyo consejo de gobierno tiene usted firmado un pacto secreto. La casualidad, sin embargo, quiso que unos fieles amigos míos, supieran el desembarco de contrabando de la droga y fueron ellos quienes se encargaron de sustituirla por agua.

»Claro que Anderson y Lussati no le dijeron nada de haber sido

sorprendidos por Aldaz y Rona. Se les hizo saber la conveniencia de reparar su delito, porque delito es haber tratado de deformar la voluntad de los votantes, y le informaron a usted que la operación de pulverizar la «psicotryne» sobre el país Hoko había sido realizada a la perfección.

»Su plan era muy bueno, abogado —continuó Ross, implacable —, incluyendo la idea de traer la droga dando un rodeo desde la capital de la Coalición. Pero Burnett ha hablado y declarado que él drogó a Ti-Kano por orden de usted. Y Deauter ha declarado, asimismo, que usted le ordenó matar a Burnett para que no dijese cuanto sabía.

Peatts estaba anonadado. En cuanto a Logan, parecía desear que se lo tragase la tierra.

Lita, Rona y Aldaz presenciaban la escena desde unos pasos de distancia. Tras una leve pausa, Ross prosiguió:

—Frodner no mató a Vor't por miedo ni tampoco porque encontrase exquisita la carne de su cola. Usted le ordenó matar a un Hoko, para que tomase una muestra de su sangre, a fin de que luego fuese analizada por el doctor Hammuth. Los análisis resultaron positivos; esto es, los Hokos eran receptivos a la «psicotryne». Y usted, una vez que conoció este dato, y sabiendo la afición de Hammuth al alcohol, temió que un día se fuese de la lengua y lo envenenó, destruyendo luego su casa, a fin de que ardiesen todos sus aparatos, notas, apuntes y demás.

» ¿Quiere ahora que le diga por qué hizo todo esto? ¿He de mencionar los proyectos de conversión de Hamadú en un importantísimo centro de tráfico interestelar? A usted, abogado, no le importaba en absoluto el bienestar de los habitantes de Hamadú, sino los beneficios que podría obtener, una vez conseguida la jefatura. Con ayuda de Logan, todo hay que decirlo, el hombre que financiaba sus actividades y que además de vicepresidente de la *Interplanetary Chemical,* es el presidente de la *Controller Spacecraft,* compañía dedicada a la construcción de estaciones espaciales de marcación y control de tráfico interestelar. Naturalmente, la C.S. hubiera obtenido el contrato para construir en Hamadú cuantas estaciones se necesitaran. ¿Me equivoco, señor Logan?

El aludido hizo un esfuerzo para hablar.

—Yo… usted dice la verdad, jefe Ross… pero yo no sabía… Me

declaro inocente de lo que haya podido hacer Peatts…

—¡Maldito traidor!— barbotó el abogado, lleno de cólera.

—Entre las cosas que hizo Peatts se incluyen varios asesinatos, además de tentativas de asesinato dirigidas contra mí —acusó Ross —. Pero de todo esto responderá ante un tribunal competente. Y le aseguro, Peatts, que la Pentalianza tiene unas cárceles especiales para sujetos que se han de pasar entre rejas el resto de sus días.

El rostro de Peatts se puso rojo de furia. Un torbellino de ira le cegó y metió la mano dentro de sus ropas, sacándola instantes después armada de una pistola.

—¡Usted no lo verá!— chilló.

Pero no pudo apretar el gatillo del arma; el arco de Rona actuó, con su mortífera eficiencia de costumbre.

La flecha, sin embargo, quedó asomando más de un palmo fuera de su pecho. Peatts emitió un grito inarticulado, se tambaleó, giró un poco y acabó cayendo de espaldas.

Logan estaba lívido. Aterrado, levantó las manos;

—¡No tiren!— gimió—. Diré todo lo que sé…

Aldaz, severo, se volvió hacia Rona.

—¿Has perdido tus fuerzas?— preguntó—. Esa flecha no traspasó el blanco, Rona.

—Había gente detrás y no tensé el arco totalmente —respondió ella con sencillez.

* * *

— El elemento perturbador ha desaparecido y nadie tiene nada que objetar a lo sucedido. Es cierto también —siguió Lita—, que hay muchos disconformes con la integración, pero la proporción es de dos mil a uno o cosa así, por lo que la minoría tendrá que acatar la decisión de la mayoría.

—O emigrar, claro —sonrió Ross—. Aquí no se retiene a nadie contra su voluntad, Lita.

—Eso es cierto. Pero ahora queda un problema por resolver, Ed.

—¿Cuál, Lita?— preguntó él.

—Su futuro, jefe Ross —contestó la muchacha.

—Ah, sí, casi lo había olvidado ya. Imperdonable, ¿no? —sonrió Ross—. Aguarda un instante, Lita.

Estaban hablando en una de las habitaciones del edificio donde residía ella. Ross abrió la puerta y llamó:

—¡Señor Haray!

El cantinero se volvió hacia él.

—Diga, jefe Ross —contestó.

—Quiero casarme con su hija. ¿Me concede usted su mano?

Ross no pudo escuchar la respuesta de Haray; Lita tiró de él con fuerza y cerró de un portazo.

—Esas preguntas se hacen directamente a la interesada —dijo, a la vez que le echaba los brazos al cuello.

—¡Oh!— murmuró él—. Son otros tiempos, claro.

Lita le guiñó un ojo.

—Son tiempos mejores —aseguró, a la vez que se preparaba a recibir el primer beso de su futuro esposo.

F I N

Próximo título:

TERROR HIPNÓTICO

por

PETER KAPRA

—¡Todos los que han intervenido en el proyecto «Colonización del Planeta Marte» sufren esa misma enfermedad mental, Claire!…

La bonita secretaria del presidente del Parlamento Europeo, que también vivía intensamente aquellos momentos de tensión universal, le atajó:

—Todos, ¡menos tú, Hugo! ¡Y tú formas parte del proyecto!

Él la miró, y sus ojos relumbraron.

—¡Tienes razón, Claire!… ¡Y creo que ya sé por qué, aunque la idea me causa escalofríos! ¡He de salir en seguida de aquí, aunque me juegue la vida!…

—Pues, ¡yo voy contigo, Hugo!

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS
DEL MISMO AUTOR

LA ÚLTIMA SEÑORA,
en Seis Tiros, 482

LA PIEDRA DE LA VIDA,
en Ciencia Ficción, 120

ESTAMPIDA AL SATÉLITE
en Ciencia Ficción, 123

Últimos, títulos publicados
en la Colección ESPACIO

534._ GUERRA DE UNIVERSOS
535._ «HOMO STELARIS»
536. —MOTÍN ELECTRÓNICO
537. —RAZA PERDIDA
538. —LAS MÁQUINAS LOCAS
539. —EL ELEMENTO PERTURBADOR

BOLSILIBROS TORAY





TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



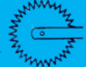
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.